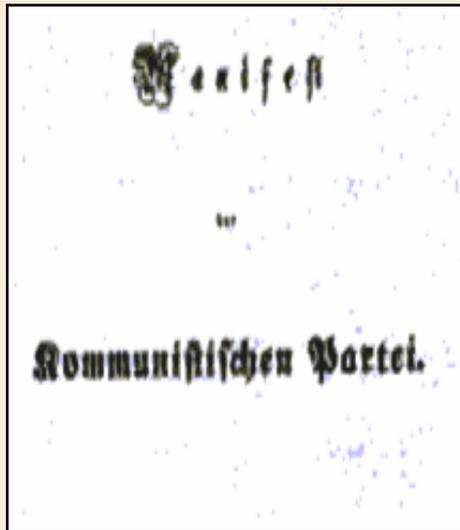




Escuela de Educación Sindical del SUEUM
Módulo I (Análisis histórico y perspectivas del sindicalismo)

Historia del Movimiento Sindical Internacional



Folleto 3

**Manifiesto Comunista de
Carlos Marx y Federico Engels. 1848.**

150 años del Manifiesto Comunista

Por: Raúl Jiménez Lescas

Escuela de Educación Sindical del SUEUM

Aristeo Mercado 626, Col. Nueva Chapultepec,
Morelia, Michoacán de Ocampo

<http://sueum.mx>

✉ escuelaeducacionsindical@gmail.com

☎ (443) 3129421

**Historia del Movimiento
Sindical Internacional**

Folleto 3

**El Manifiesto del Partido Comunista
De Carlos Marx y Federico Engels**

150 años del Manifiesto

Por: Raúl Jiménez Lescas

Colección: Escuela de Formación Sindical

Edición: Eréndira Herrejón Rentería
Cuidado de Edición: Guillermo Andrade
Formación: Bruno Mora

Portada: Original del Manifiesto

1ª edición: UOM-SME, 2000

8ª edición: Ediciones SUEUM
Septiembre del 2010
Copyright © 20010

Los derechos de esta obra son propiedad de:

© Ediciones SUEUM

© Raúl Jiménez Lescas

Impreso en los Talleres del SUEUM
Ignacio Zaragoza 433, Centro, Morelia, Mich.

☎ 3127603

2010.

Índice

Manifiesto Comunista. Carlos Marx y Federico Engels. 1848.	p. 4
150 años del Manifiesto Comunista	
Epígrafes	p. 19
Capítulo I. Introducción	p. 20
Capítulo II. La Época	p. 21
<i>El encuentro de Marx y Engels y la redacción del Manifiesto</i>	p. 22
Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico	p. 24
Capítulo III. El contenido del <i>Manifiesto</i>	p. 25
La teoría de la lucha de clases versus la conciliación de clases	p. 26
La deformación Socialdemócrata	p. 27
La conciliación en tiempos neoliberales	p. 28
Capítulo IV. <i>El Manifiesto</i> y el poder	p. 29
Capítulo V. <i>El Manifiesto</i> y el Programa de la Revolución	p. 29
Capítulo V. <i>El Manifiesto</i> como arma, doctrina y método de investigación	p. 30
Capítulo VI. <i>El Manifiesto</i> y el Internacionalismo	p. 30
Capítulo VII. <i>El Manifiesto</i> en los tiempos de la <i>Globalización</i>	p. 31

Manifiesto del Partido Comunista

Por Carlos Marx y Federico Engels
1848.

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Contra este fantasma se han conjurado en Santa Alianza todas las potencias de la vieja Europa, el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

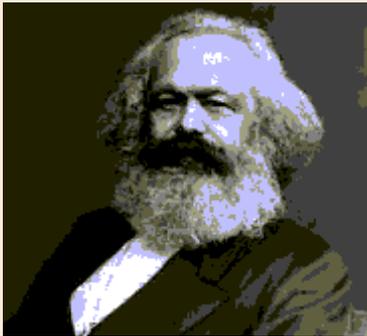
No hay un solo partido de oposición a quien los adversarios gobernantes no motejen de comunista, ni un solo partido de oposición que no lance al rostro de las oposiciones más avanzadas, lo mismo que a los enemigos reaccionarios, la acusación estigmatizante de comunismo.

De este hecho se desprenden dos consecuencias:

La primera es que el comunismo se halla ya reconocido como una potencia por todas las potencias europeas.

La segunda, que es ya hora de que los comunistas expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones, saliendo así al paso de esa leyenda del espectro comunista con un manifiesto de su partido.

Con este fin se han congregado en Londres los representantes comunistas de diferentes países y redactado el siguiente Manifiesto, que aparecerá en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.



BURGUESES Y PROLETARIOS

Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases.

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio

de ambas clases beligerantes.

En los tiempos históricos nos encontramos a la sociedad dividida casi por doquier en una serie de estamentos, dentro de cada uno de los cuales reina, a su vez, una nueva jerarquía social de grados y posiciones. En la Roma antigua son los patricios, los équites, los plebeyos, los esclavos; en la Edad Media, los señores feudales, los vasallos, los maestros y los oficiales de los gremios, los siervos de la gleba, y dentro de cada una de esas clases todavía nos encontramos con nuevos matices y gradaciones.

La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas.

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la gleba de la Edad Media surgieron los "villanos" de las primeras ciudades; y estos villanos fueron el germen de donde brotaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América, la circunnavegación de África abrieron nuevos horizontes e imprimieron nuevo impulso a la burguesía. El mercado de China y de las Indias orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercaderías en general, dieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, atizando con ello el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición.

El régimen feudal o gremial de producción que seguía imperando no bastaba ya para cubrir las necesidades que abrían los nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. Los maestros de los gremios se vieron desplazados por la clase media industrial, y la división del trabajo entre las diversas corporaciones fue suplantada por la división del trabajo dentro de cada taller.

Pero los mercados seguían dilatándose, las necesidades seguían creciendo. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El invento del vapor y la maquinaria vinieron a revolucionar el régimen industrial de producción. La manufactura cedió el puesto a la gran industria moderna, y la clase media industrial hubo de dejar paso a los magnates de la industria, jefes de grandes ejércitos industriales, a los burgueses modernos.

La gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial imprimió un gigantesco impulso al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez, estos, progresos redundaron considerablemente en provecho de la industria, y en la misma proporción en que se dilataban la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, crecían sus capitales, iba desplazando y esfumando a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Vemos, pues, que la moderna burguesía es, como lo fueron en su tiempo las otras clases, producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales operadas en el régimen de cambio y de producción.

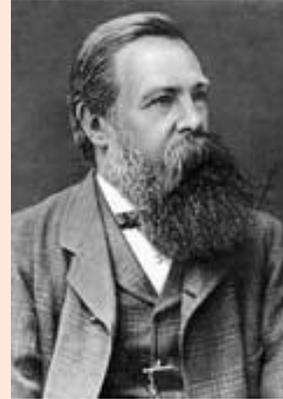
A cada etapa de avance recorrida por la burguesía corresponde una nueva etapa de progreso político. Clase oprimida bajo el mando de los señores feudales, la burguesía forma en la “comuna” una asociación autónoma y armada para la defensa de sus intereses; en unos sitios se organiza en repúblicas municipales independientes; en otros forma el tercer estado tributario de las monarquías; en la época de la manufactura es el contrapeso de la nobleza dentro de la monarquía feudal o absoluta y el fundamento de las grandes monarquías en general, hasta que, por último, implantada la gran industria y abiertos los cauces del mercado mundial, se conquista la hegemonía política y crea el moderno Estado representativo. Hoy, el Poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario.

Dondequiera que se instauró, echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero constante y sonante, que no tiene entrañas. Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Sustituyó, para decirlo de una vez, un régimen de explotación, velado por los cendales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de explotación.

La burguesía despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso

acontecimiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia.



La burguesía desgarró los velos emotivos y sentimentales que envolvían la familia y puso al desnudo la realidad económica de las relaciones familiares.

La burguesía vino a demostrar que aquellos alardes de fuerza bruta que la reacción tanto admira en la Edad Media tenían su complemento cumplido en la haraganería más indolente. Hasta que ella no lo reveló no supimos cuánto podía dar de sí el trabajo del hombre. La burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos y las cruzadas.

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta o otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier

establece relaciones.

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción, con las facilidades increíbles de su red de comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. El bajo precio de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.

La burguesía somete el campo al imperio de la ciudad. Crea ciudades enormes, intensifica la población urbana en una fuerte proporción respecto a la campesina y arranca a una parte considerable de la gente del campo al cretinismo de la vida rural. Y del mismo modo que somete el campo a la ciudad, somete los pueblos bárbaros y semi bárbaros a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía va aglutinando cada vez más los medios de producción, la propiedad y los habitantes del país. Aglomera la población, centraliza los medios de producción y concentra en manos de unos cuantos la propiedad. Este proceso tenía que conducir, por fuerza lógica, a un régimen de centralización política. Territorios antes independientes, apenas aliados, con

intereses distintos, distintas leyes, gobiernos autónomos y líneas aduaneras propias, se asocian y refunden en una nación única, bajo un Gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sometimiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción?

Hemos visto que los medios de producción y de transporte sobre los cuales se desarrolló la burguesía brotaron en el seno de la sociedad feudal. Cuando estos medios de transporte y de producción alcanzaron una determinada fase en su desarrollo, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y comerciaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, el régimen feudal de la propiedad, no correspondían ya al estado progresivo de las fuerzas productivas. Obstruían la producción en vez de fomentarla. Se habían convertido en otras tantas trabas para su desenvolvimiento. Era menester hacerlas saltar, y saltaron.

Vino a ocupar su puesto la libre concurrencia, con la constitución política y social a ella adecuada, en la que se revelaba ya la hegemonía económica y política de la clase burguesa.

Pues bien: ante nuestros ojos se desarrolla hoy un espectáculo semejante. Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de

los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que a cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; se diría que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilado, sin recursos para subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que embaraza su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas.

Las armas con que la burguesía derribó al feudalismo se vuelven ahora contra ella.

Y la burguesía no sólo forja las armas que han de darle la muerte, sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los proletarios.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarrollase también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste alimenta a incremento el capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso, los gastos que supone un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza. Y ya se sabe que el precio de una mercancía, y como una de

tantas el trabajo, equivale a su coste de producción. Cuanto más repelente es el trabajo, tanto más disminuye el salario pagado al obrero. Más aún: cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo, tanto más aumenta también éste, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique el rendimiento exigido, se acelere la marcha de las máquinas, etc.

La industria moderna ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del magnate capitalista. Las masas obreras concentradas en la fábrica son sometidas a una organización y disciplina militares. Los obreros, soldados rasos de la industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes. No son sólo siervos de la burguesía y del Estado burgués, sino que están todos los días y a todas horas bajo el yugo esclavizador de la máquina, del contraamaestre, y sobre todo, del industrial burgués dueño de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, más execrable, más indignante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanto menores son la habilidad y la fuerza que reclama el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo adquirido por la moderna industria, también es mayor la proporción en que el trabajo de la mujer y el niño desplaza al del hombre. Socialmente, ya no rigen para la clase obrera esas diferencias de edad y de sexo. Son todos, hombres, mujeres y niños, meros instrumentos de trabajo, entre los cuales no hay más diferencia que la del coste.

Y cuando ya la explotación del obrero por el fabricante ha dado su fruto y aquél recibe el salario, caen sobre él los otros representantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Toda una serie de elementos modestos que venían perteneciendo a la clase media, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y labriegos, son absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño caudal no basta para alimentar las exigencias de la gran industria y sucumben arrollados por la competencia de los capitales más fuertes, y otros porque sus aptitudes quedan sepultadas bajo los nuevos progresos de la producción. Todas las clases sociales contribuyen, pues, a nutrir las filas del proletariado.

El proletariado recorre diversas etapas antes de fortificarse y consolidarse. Pero su lucha contra la burguesía data del instante mismo de su existencia.

Al principio son obreros aislados; luego, los de una fábrica; luego, los de todas una rama de trabajo, los que se enfrentan, en una localidad, con el burgués que personalmente los explota. Sus ataques no van sólo contra el régimen burgués de producción, van también contra los propios instrumentos de la producción; los

obreros, sublevados, destruyen las mercancías ajenas que les hacen la competencia, destrozán las máquinas, pegan fuego a las fábricas, pugnan por volver a la situación, ya enterrada, del obrero medieval.

En esta primera etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la concurrencia. Las concentraciones de masas de obreros no son todavía fruto de su propia unión, sino fruto de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos propios tiene que poner en movimiento -cosa que todavía logra- a todo el proletariado. En esta etapa, los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los grandes señores de la tierra, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses. La marcha de la historia está toda concentrada en manos de la burguesía, y cada triunfo así alcanzado es un triunfo de la clase burguesa.

Sin embargo, el desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y al paso que la maquinaria va borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios casi en todas partes a un nivel bajísimo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado. La competencia, cada vez más aguda, desatada entre la burguesía, y las crisis comerciales que desencadena, hacen cada vez más inseguro el salario del obrero; los progresos incesantes y cada día más veloces del maquinismo aumentan gradualmente la inseguridad de su existencia; las colisiones entre obreros y burgueses aislados van tomando el carácter, cada vez más señalado, de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para pertrecharse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando estallan revueltas y sublevaciones.

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros para unirse con las demás; el proletariado moderno, gracias a los ferrocarriles, ha creado su unión

en unos cuantos años.

Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se ve minada a cada momento por la concurrencia desatada entre los propios obreros. Pero avanza y triunfa siempre, a pesar de todo, cada vez más fuerte, más firme, más pujante. Y aprovechándose de las discordias que surgen en el seno de la burguesía, impone la sanción legal de sus intereses propios. Así nace en Inglaterra la ley de la jornada de diez horas.

Las colisiones producidas entre las fuerzas de la antigua sociedad imprimen nuevos impulsos al proletariado. La burguesía lucha incesantemente: primero, contra la aristocracia; luego, contra aquellos sectores de la propia burguesía cuyos intereses chocan con los progresos de la industria, y siempre contra la burguesía de los demás países. Para librar estos combates no tiene más remedio que apelar al proletariado, reclamar su auxilio, arrastrándolo así a la palestra política. Y de este modo, le suministra elementos de fuerza, es decir, armas contra sí misma.

Además, como hemos visto, los progresos de la industria traen a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase gobernante, o a lo menos los colocan en las mismas condiciones de vida. Y estos elementos suministran al proletariado nuevas fuerzas.

Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase gobernante latente en el seno de la sociedad antigua, que una pequeña parte de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase que tiene en sus manos el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; en este tránsito rompen la marcha los intelectuales burgueses, que, analizando teóricamente el curso de la historia, han logrado ver claro en sus derroteros.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar.

Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales clases. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, reaccionarios, pues pretenden volver atrás la rueda de la historia. Todo lo que tienen de revolucionario es lo que mira a su tránsito inminente al proletariado; con esa actitud no defienden sus intereses actuales, sino los futuros; se despojan de su posición propia para abrazar

la del proletariado.

El proletariado andrajoso, esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, si bien las condiciones todas de su vida lo hacen más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad aparecen ya destruidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletario carece de bienes. Sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen ya nada de común con las relaciones familiares burguesas; la producción industrial moderna, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Alemania que en Norteamérica, borra en él todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para él otros tantos prejuicios burgueses tras los que anidan otros tantos intereses de la burguesía. Todas las clases que le precedieron y conquistaron el Poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad entera a su régimen de adquisición. Los proletarios sólo pueden conquistar para sí las fuerzas sociales de la producción aboliendo el régimen adquisitivo a que se hallan sujetos, y con él todo el régimen de apropiación de la sociedad. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino destruir todos los aseguramientos y seguridades privadas de los demás.

Hasta ahora, todos los movimientos sociales habían sido movimientos desatados por una minoría o en interés de una minoría. El movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado, la capa más baja y oprimida de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecho añicos desde los cimientos hasta el remate, todo ese edificio que forma la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la campaña del proletariado contra la burguesía empieza siendo nacional. Es lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía.

Al esbozar, en líneas muy generales, las diferentes fases de desarrollo del proletariado, hemos seguido las incidencias de la guerra civil más o menos embozada que se plantea en el seno de la sociedad vigente hasta el momento en que esta guerra civil desencadena una revolución abierta y franca, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, echa las bases de su poder.

Hasta hoy, toda sociedad descansó, como hemos visto, en el antagonismo entre las clases oprimidas y las opresoras. Mas para poder oprimir a una clase es menester asegurarle, por lo menos, las condiciones

indispensables de vida, pues de otro modo se extinguiría, y con ella su esclavizamiento. El siervo de la gleba se vio exaltado a miembro del municipio sin salir de la servidumbre, como el villano convertido en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. La situación del obrero moderno es muy distinta, pues lejos de mejorar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se depaupera, y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando la sociedad e imponiendo a ésta por norma las condiciones de su vida como clase. Es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella. La sociedad no puede seguir viviendo bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la sociedad.

La existencia y el predominio de la clase burguesa tienen por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incremento constante del capital; y éste, a su vez, no puede existir sin el trabajo asalariado. El trabajo asalariado presupone, inevitablemente, la concurrencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, que tienen por cauce automático y espontáneo a la burguesía, imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la concurrencia, su unión revolucionaria por la organización. Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre que produce y se apropia lo producido. Y a la par que avanza, se cava su fosa y cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa

histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es idéntico al que persiguen los demás partidos proletarios en general: formar la conciencia de clase del proletariado, derrocar el régimen de la burguesía, llevar al proletariado a la conquista del Poder.

Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan ni mucho menos en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad. Son toda expresión generalizada de las condiciones materiales de una lucha de clases real y vívida, de un movimiento histórico que se está desarrollando a la vista de todos. La abolición del régimen vigente de la propiedad no es tampoco ninguna característica peculiar del comunismo.

Las condiciones que forman el régimen de la propiedad han estado sujetas siempre a cambios históricos, a alteraciones históricas constantes.

Así, por ejemplo, la Revolución francesa abolió la propiedad feudal para instaurar sobre sus ruinas la propiedad burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición del régimen de propiedad de la burguesía, de esta moderna institución de la propiedad privada burguesa, expresión última y la más acabada de ese régimen de producción y apropiación de lo producido que reposa sobre el antagonismo de dos clases, sobre la explotación de unos hombres por otros.

Así entendida, sí pueden los comunistas resumir su teoría en esa fórmula: abolición de la propiedad privada.

Se nos reprocha que queremos destruir la propiedad personal bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano, esa propiedad que es para el hombre la base de toda libertad, el acicate de todas las actividades y la garantía de toda independencia.

¿La propiedad bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano! ¿Os referís acaso a la propiedad del humilde artesano, del pequeño labriego, precedente histórico de la propiedad burguesa? No, ésa no necesitamos destruirla; el desarrollo de la industria lo ha hecho ya y lo está haciendo a todas horas.

¿O queréis referimos a la moderna propiedad privada de la burguesía?

Decidnos: ¿es que el trabajo asalariado, el trabajo de

proletario, le rinde propiedad? No, ni mucho menos. Lo que rinde es capital, esa forma de propiedad que se nutre de la explotación del trabajo asalariado, que sólo puede crecer y multiplicarse a condición de engendrar nuevo trabajo asalariado para hacerlo también objeto de su explotación. La propiedad, en la forma que hoy presenta, no admite salida a este antagonismo del capital y el trabajo asalariado. Detengámonos un momento a contemplar los dos términos de la antítesis.

Ser capitalista es ocupar un puesto, no simplemente personal, sino social, en el proceso de la producción. El capital es un producto colectivo y no puede ponerse en marcha más que por la cooperación de muchos individuos, y aún cabría decir que, en rigor, esta cooperación abarca la actividad común de todos los individuos de la sociedad. El capital no es, pues, un patrimonio personal, sino una potencia social.

Los que, por tanto, aspiramos a convertir el capital en propiedad colectiva, común a todos los miembros de la sociedad, no aspiramos a convertir en colectiva una riqueza personal. A lo único que aspiramos es a transformar el carácter colectivo de la propiedad, a despojarla de su carácter de clase.

Hablemos ahora del trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de víveres necesaria para sostener al obrero como tal obrero. Todo lo que el obrero asalariado adquiere con su trabajo es, pues, lo que estrictamente necesita para seguir viviendo y trabajando. Nosotros no aspiramos en modo alguno a destruir este régimen de apropiación personal de los productos de un trabajo encaminado a crear medios de vida: régimen de apropiación que no deja, como vemos, el menor margen de rendimiento líquido y, con él, la posibilidad de ejercer influencia sobre los demás hombres. A lo que aspiramos es a destruir el carácter oprobioso de este régimen de apropiación en que el obrero sólo vive para multiplicar el capital, en que vive tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante aconseja que viva.

En la sociedad burguesa, el trabajo vivo del hombre no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado será, por el contrario, un simple medio para dilatar, fomentar y enriquecer la vida del obrero.

En la sociedad burguesa es, pues, el pasado el que impera sobre el presente; en la comunista, imperará el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa se reserva al capital toda personalidad e iniciativa; el individuo trabajador carece de iniciativa y personalidad.

¿Y a la abolición de estas condiciones, llama la burguesía abolición de la personalidad y la libertad! Y, sin embargo, tiene razón. Aspiramos, en efecto, a ver abolidas la personalidad, la independencia y la libertad

burguesa.

Por libertad se entiende, dentro del régimen burgués de la producción, el librecambio, la libertad de comprar y vender.

Desaparecido el tráfico, desaparecerá también, forzosamente el libre tráfico. La apología del libre tráfico, como en general todos los ditirambos a la libertad que entona nuestra burguesía, sólo tienen sentido y razón de ser en cuanto significan la emancipación de las trabas y la servidumbre de la Edad Media, pero palidecen ante la abolición comunista del tráfico, de las condiciones burguesas de producción y de la propia burguesía.

Os aterráis de que queramos abolir la propiedad privada, ¡cómo si ya en el seno de vuestra sociedad actual, la propiedad privada no estuviese abolida para nueve décimas partes de la población, como si no existiese precisamente a costa de no existir para esas nueve décimas partes! ¡Qué es, pues, lo que en rigor nos reprocháis? Querer destruir un régimen de propiedad que tiene por necesaria condición el despojo de la inmensa mayoría de la sociedad.

Nos reprocháis, para decirlo de una vez, querer abolir vuestra propiedad. Pues sí, a eso es a lo que aspiramos.

Para vosotros, desde el momento en que el trabajo no pueda convertirse ya en capital, en dinero, en renta, en un poder social monopolizable; desde el momento en que la propiedad personal no pueda ya trocarse en propiedad burguesa, la persona no existe.

Con eso confesáis que para vosotros no hay más persona que el burgués, el capitalista. Pues bien, la personalidad así concebida es la que nosotros aspiramos a destruir.

El comunismo no priva a nadie del poder de apropiarse productos sociales; lo único que no admite es el poder de usurpar por medio de esta apropiación el trabajo ajeno.

Se arguye que, abolida la propiedad privada, cesará toda actividad y reinará la indolencia universal.

Si esto fuese verdad, ya hace mucho tiempo que se habría estrellado contra el escollo de la holganza una sociedad como la burguesa, en que los que trabajan no adquieren y los que adquieren, no trabajan. Vuestra objeción viene a reducirse, en fin de cuentas, a una verdad que no necesita de demostración, y es que, al desaparecer el capital, desaparecerá también el trabajo asalariado.

Las objeciones formuladas contra el régimen comunista de apropiación y producción material, se hacen extensivas a la producción y apropiación de los productos espirituales. Y así como el destruir la propiedad de clases equivale, para el burgués, a destruir la producción, el destruir la cultura de clase es para él

sinónimo de destruir la cultura en general.

Esa cultura cuya pérdida tanto deplora, es la que convierte en una máquina a la inmensa mayoría de la sociedad.

Al discutir con nosotros y criticar la abolición de la propiedad burguesa partiendo de vuestras ideas burguesas de libertad, cultura, derecho, etc., no os dais cuenta de que esas mismas ideas son otros tantos productos del régimen burgués de propiedad y de producción, del mismo modo que vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase elevada a ley: una voluntad que tiene su contenido y encarnación en las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Compartís con todas las clases dominantes que han existido y perecieron la idea interesada de que vuestro régimen de producción y de propiedad, obra de condiciones históricas que desaparecen en el transcurso de la producción, descansa sobre leyes naturales eternas y sobre los dictados de la razón. Os explicáis que haya perecido la propiedad antigua, os explicáis que pereciera la propiedad feudal; lo que no os podéis explicar es que perezca la propiedad burguesa, vuestra propiedad.

¡Abolición de la familia! Al hablar de estas intenciones satánicas de los comunistas, hasta los más radicales gritan escándalo.

Pero veamos: ¿en qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. Sólo la burguesía tiene una familia, en el pleno sentido de la palabra; y esta familia encuentra su complemento en la carencia forzosa de relaciones familiares de los proletarios y en la pública prostitución.

Es natural que ese tipo de familia burguesa desaparezca al desaparecer su complemento, y que una y otra dejen de existir al dejar de existir el capital, que le sirve de base.

¿Nos reprocháis acaso que aspiremos a abolir la explotación de los hijos por sus padres? Sí, es cierto, a eso aspiramos.

Pero es, decís, que pretendemos destruir la intimidad de la familia, suplantando la educación doméstica por la social.

¿Acaso vuestra propia educación no está también influida por la sociedad, por las condiciones sociales en que se desarrolla, por la intromisión más o menos directa en ella de la sociedad a través de la escuela, etc.?

No son precisamente los comunistas los que inventan esa intromisión de la sociedad en la educación; lo que ellos hacen es modificar el carácter que hoy tiene y sustraer la educación a la influencia de la clase dominante.

Esos tópicos burgueses de la familia y la educación, de la intimidad de las relaciones entre padres e hijos,

son tanto más grotescos y descarados cuanto más la gran industria va desgarrando los lazos familiares de los proletarios y convirtiendo a los hijos en simples mercancías y meros instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, nos grita a coro la burguesía entera, pretendéis colectivizar a las mujeres!

El burgués, que no ve en su mujer más que un simple instrumento de producción, al oírnos proclamar la necesidad de que los instrumentos de producción sean explotados colectivamente, no puede por menos de pensar que el régimen colectivo se hará extensivo igualmente a la mujer.

No advierte que de lo que se trata es precisamente de acabar con la situación de la mujer como mero instrumento de producción.

Nada más ridículo, por otra parte, que esos alardes de indignación, henchida de alta moral de nuestros burgueses, al hablar de la tan cacareada colectivización de las mujeres por el comunismo. No; los comunistas no tienen que molestarse en implantar lo que ha existido siempre o casi siempre en la sociedad.

Nuestros burgueses, no bastándoles, por lo visto, con tener a su disposición a las mujeres y a los hijos de sus proletarios —y no hablemos de la prostitución oficial!—, sienten una grandísima fruición en seducirse unos a otros sus mujeres.

En realidad, el matrimonio burgués es ya la comunidad de las esposas. A lo sumo, podría reprocharse a los comunistas el pretender sustituir este hipócrita y recatado régimen colectivo de hoy por una colectivización oficial, franca y abierta, de la mujer. Por lo demás, fácil es comprender que, al abolirse el régimen actual de producción, desaparecerá con él el sistema de comunidad de la mujer que engendra, y que se refugia en la prostitución, en la oficial y en la encubierta.

A los comunistas se nos reprocha también que queramos abolir la patria, la nacionalidad.

Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, siendo la mira inmediata del proletariado la conquista del Poder político, su exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida ni mucho menos con el de la burguesía.

Ya el propio desarrollo de la burguesía, el librecambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales.

El triunfo del proletariado acabará de hacerlos desaparecer. La acción conjunta de los proletarios, a lo menos en las naciones civilizadas, es una de las

condiciones primordiales de su emancipación. En la medida y a la par que vaya desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desaparecerá también la explotación de unas naciones por otras.

Con el antagonismo de las clases en el seno de cada nación, se borrarán la hostilidad de las naciones entre sí.

No queremos entrar a analizar las acusaciones que se hacen contra el comunismo desde el punto de vista religioso-filosófico e ideológico en general.

No hace falta ser un lince para ver que, al cambiar las condiciones de vida, las relaciones sociales, la existencia social del hombre, cambian también sus ideas, sus opiniones y sus conceptos, su conciencia, en una palabra.

La historia de las ideas es una prueba palmaria de cómo cambia y se transforma la producción espiritual con la material. Las ideas imperantes en una época han sido siempre las ideas propias de la clase imperante.

Se habla de ideas que revolucionan a toda una sociedad; con ello, no se hace más que dar expresión a un hecho, y es que en el seno de la sociedad antigua han germinado ya los elementos para la nueva, y a la par que se esfuman o derrumban las antiguas condiciones de vida, se derrumban y esfuman las ideas antiguas.

Cuando el mundo antiguo estaba a punto de desaparecer, las religiones antiguas fueron vencidas y suplantadas por el cristianismo. En el siglo XVIII, cuando las ideas cristianas sucumbían ante el racionalismo, la sociedad feudal pugnaba desesperadamente, haciendo un último esfuerzo, con la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de conciencia y de libertad religiosa no hicieron más que proclamar el triunfo de la libre concurrencia en el mundo ideológico.

Se nos dirá que las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., aunque sufran alteraciones a lo largo de la historia, llevan siempre un fondo de perennidad, y que por debajo de esos cambios siempre ha habido una religión, una moral, una filosofía, una política, un derecho.

Además, se seguirá arguyendo, existen verdades eternas, como la libertad, la justicia, etc., comunes a todas las sociedades y a todas las etapas de progreso de la sociedad. Pues bien, el comunismo —continúa el argumento— viene a destruir estas verdades eternas, la moral, la religión, y no a sustituirlas por otras nuevas; viene a interrumpir violentamente todo el desarrollo histórico anterior.

Veamos a qué queda reducida esta acusación.

Hasta hoy, toda la historia de la sociedad ha sido una constante sucesión de antagonismos de clases, que revisten diversas modalidades, según las épocas.

Mas, cualquiera que sea la forma que en cada caso adopte, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todas las épocas del

pasado. Nada tiene, pues, de extraño que la conciencia social de todas las épocas se atenga, a despecho de toda la variedad y de todas las divergencias, a ciertas formas comunes, formas de conciencia hasta que el antagonismo de clases que las informa no desaparezca radicalmente.

La revolución comunista viene a romper de la manera más radical con el régimen tradicional de la propiedad; nada tiene, pues, de extraño que se vea obligada a romper, en su desarrollo, de la manera también más radical, con las ideas tradicionales.

Pero no queremos detenernos por más tiempo en los reproches de la burguesía contra el comunismo.

Ya dejamos dicho que el primer paso de la revolución obrera será la exaltación del proletariado al Poder, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá del Poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción, centralizándolos en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y procurando fomentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las energías productivas.

Claro está que, al principio, esto sólo podrá llevarse a cabo mediante una acción despótica sobre la propiedad y el régimen burgués de producción, por medio de medidas que, aunque de momento parezcan económicamente insuficientes e insostenibles, en el transcurso del movimiento serán un gran resorte propulsor y de las que no puede prescindirse como medio para transformar todo el régimen de producción vigente.

Estas medidas no podrán ser las mismas, naturalmente, en todos los países.

Para los más progresivos mencionaremos unas cuantas, susceptibles, sin duda, de ser aplicadas con carácter más o menos general, según los casos.

1. Expropiación de la propiedad inmueble y aplicación de la renta del suelo a los gastos públicos.

2. Fuerte impuesto progresivo.

3. Abolición del derecho de herencia.

4. Confiscación de la fortuna de los emigrados y rebeldes.

5. Centralización del crédito en el Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y régimen de monopolio.

6. Nacionalización de los transportes.

7. Multiplicación de las fábricas nacionales y de los medios de producción, roturación y mejora de terrenos con arreglo a un plan colectivo.

8. Proclamación del deber general de trabajar; creación de ejércitos industriales, principalmente en el campo.

9. Articulación de las explotaciones agrícolas e

industriales; tendencia a ir borrando gradualmente las diferencias entre el campo y la ciudad.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Prohibición del trabajo infantil en las fábricas bajo su forma actual. Régimen combinado de la educación con la producción material, etc.

Tan pronto como, en el transcurso del tiempo, hayan desaparecido las diferencias de clase y toda la producción esté concentrada en manos de la sociedad, el Estado perderá todo carácter político. El Poder político no es, en rigor, más que el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. El proletariado se ve forzado a organizarse como clase para luchar contra la burguesía; la revolución le lleva al Poder; mas tan pronto como desde él, como clase gobernante, derribe por la fuerza el régimen vigente de producción, con éste hará desaparecer las condiciones que determinan el antagonismo de clases, las clases mismas, y, por tanto, su propia soberanía como tal clase.

Y a la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, sustituirá una asociación en que el libre desarrollo de cada uno condicione el libre desarrollo de todos.

LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. El socialismo reaccionario

a) El socialismo feudal

La aristocracia francesa e inglesa, que no se resignaba a abandonar su puesto histórico, se dedicó, cuando ya no pudo hacer otra cosa, a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830, en el movimiento reformista inglés, volvió a sucumbir, arrollada por el odiado intruso. Y no pudiendo dar ya ninguna batalla política seria, no le quedaba más arma que la pluma. Mas también en la palestra literaria habían cambiado los tiempos; ya no era posible seguir empleando el lenguaje de la época de la Restauración. Para ganarse simpatías, la aristocracia hubo de olvidar aparentemente sus intereses y acusar a la burguesía, sin tener presente más interés que el de la clase obrera explotada. De este modo, se daba el gusto de provocar a su adversario y vencedor con amenazas y de musitarle al oído profecías más o menos catastróficas.

Nació así, el socialismo feudal, una mezcla de lamento, eco del pasado y rumor sordo del porvenir; un socialismo que de vez en cuando asestaba a la burguesía un golpe en medio del corazón con sus juicios sardónicos y acerados, pero que casi siempre movía a risa por su total incapacidad para comprender la marcha de la historia moderna.

Con el fin de atraer hacia sí al pueblo, tremolaba el saco del mendigo proletario por bandera. Pero cuantas veces lo seguía, el pueblo veía brillar en las espaldas de los caudillos las viejas armas feudales y se dispersaba con una risotada nada contenida y bastante irrespetuosa.

Una parte de los legitimistas franceses y la joven Inglaterra, fueron los más perfectos organizadores de este espectáculo.

Esos señores feudales, que tanto insisten en demostrar que sus modos de explotación no se parecían en nada a los de la burguesía, se olvidan de una cosa, y es de que las circunstancias y condiciones en que ellos llevaban a cabo su explotación han desaparecido. Y, al enorgullecerse de que bajo su régimen no existía el moderno proletariado, no advierten que esta burguesía moderna que tanto abominan, es un producto históricamente necesario de su orden social.

Por lo demás, no se molestan gran cosa en encubrir el sello reaccionario de sus doctrinas, y así se explica que su más rabiosa acusación contra la burguesía sea precisamente el crear y fomentar bajo su régimen una clase que está llamada a derruir todo el orden social heredado.

Lo que más reprochan a la burguesía no es el engendrar un proletariado, sino el engendrar un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica están siempre dispuestos a tomar parte en todas las violencias y represiones contra la clase obrera, y en la prosaica realidad se resignan, pese a todas las retóricas ampulosas, a recolectar también los huevos de oro y a trocar la nobleza, el amor y el honor caballerescos por el vil tráfico en lana, remolacha y aguardiente.

Como los curas van siempre del brazo de los señores feudales, no es extraño que con este socialismo feudal venga a confluír el socialismo clerical.

Nada más fácil que dar al ascetismo cristiano un barniz socialista. ¿No combatió también el cristianismo contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el Estado? ¿No predicó frente a las instituciones la caridad y la limosna, el celibato y el castigo de la carne, la vida monástica y la Iglesia? El socialismo cristiano es el hisopazo con que el clérigo bendice el despecho del aristócrata.

b) El socialismo pequeñoburgués

La aristocracia feudal no es la única clase derrocada por la burguesía, la única clase cuyas condiciones de vida ha venido a oprimir y matar la sociedad burguesa moderna. Los villanos medievales y los pequeños labriegos fueron los precursores de la moderna

burguesía. Y en los países en que la industria y el comercio no han alcanzado un nivel suficiente de desarrollo, esta clase sigue vegetando al lado de la burguesía ascensional.

En aquellos otros países en que la civilización moderna alcanza un cierto grado de progreso, ha venido a formarse una nueva clase pequeñoburguesa que flota entre la burguesía y el proletariado y que, si bien gira constantemente en torno a la sociedad burguesa como satélite suyo, no hace más que brindar nuevos elementos al proletariado, precipitados a éste por la concurrencia; al desarrollarse la gran industria llega un momento en que esta parte de la sociedad moderna pierde su substantividad y se ve suplantada en el comercio, en la manufactura, en la agricultura por los capataces y los domésticos.

En países como Francia, en que la clase labradora representa mucho más de la mitad de la población, era natural que ciertos escritores, al abrazar la causa del proletariado contra la burguesía, tomasen por norma, para criticar el régimen burgués, los intereses de los pequeños burgueses y los campesinos, simpatizando por la causa obrera con el ideario de la pequeña burguesía. Así nació el socialismo pequeñoburgués. Su representante más caracterizado, lo mismo en Francia que en Inglaterra, es Sismondi.

Este socialismo ha analizado con una gran agudeza las contradicciones del moderno régimen de producción. Ha desenmascarado las argucias hipócritas con que pretenden justificarlas los economistas. Ha puesto de relieve de modo irrefutable, los efectos aniquiladores del maquinismo y la división del trabajo, la concentración de los capitales y la propiedad inmueble, la superproducción, las crisis, la inevitable desaparición de los pequeños burgueses y labriegos, la miseria del proletariado, la anarquía reinante en la producción, las desigualdades irritantes que claman en la distribución de la riqueza, la aniquiladora guerra industrial de unas naciones contra otras, la disolución de las costumbres antiguas, de la familia tradicional, de las viejas nacionalidades.

Pero en lo que atañe ya a sus fórmulas positivas, este socialismo no tiene más aspiración que restaurar los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos el régimen tradicional de propiedad y la sociedad tradicional, cuando no pretende volver a encajar por la fuerza los modernos medios de producción y de cambio dentro del marco del régimen de propiedad que hicieron y forzosamente tenían que hacer saltar. En uno y otro caso peca, a la par, de reaccionario y de utópico.

En la manufactura, la restauración de los viejos gremios, y en el campo, la implantación de un régimen patriarcal: he ahí sus dos magnas aspiraciones.

Hoy, esta corriente socialista ha venido a caer en una cobarde modorra.

c) El socialismo alemán o "verdadero" socialismo

La literatura socialista y comunista de Francia, nacida bajo la presión de una burguesía gobernante y expresión literaria de la lucha librada contra su avasallamiento, fue importada en Alemania en el mismo instante en que la burguesía empezaba a sacudir el yugo del absolutismo feudal.

Los filósofos, pseudofilósofos y grandes ingenios del país se asimilaban codiciosamente aquella literatura, pero olvidando que con las doctrinas no habían pasado la frontera también las condiciones sociales a que respondían. Al enfrentarse con la situación alemana, la literatura socialista francesa perdió toda su importancia práctica directa, para asumir una fisonomía puramente literaria y convertirse en una ociosa especulación acerca del espíritu humano y de sus proyecciones sobre la realidad. Y así, mientras que los postulados de la primera revolución francesa eran, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, los postulados de la "razón práctica" en general, las aspiraciones de la burguesía francesa revolucionaria representaban a sus ojos las leyes de la voluntad pura, de la voluntad ideal, de una voluntad verdaderamente humana.

La única preocupación de los literatos alemanes era armonizar las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, por mejor decir, asimilarse desde su punto de vista filosófico aquellas ideas.

Esta asimilación se llevó a cabo por el mismo procedimiento con que se asimila uno una lengua extranjera: traduciéndola.

Todo el mundo sabe que los monjes medievales se dedicaban a recamar los manuscritos que atesoraban las obras clásicas del paganismo con todo género de insubstanciales historias de santos de la Iglesia católica. Los literatos alemanes procedieron con la literatura francesa profana de un modo inverso. Lo que hicieron fue empalmar sus absurdos filosóficos a los originales franceses. Y así, donde el original desarrollaba la crítica del dinero, ellos pusieron: "expropiación del ser humano"; donde se criticaba el Estado burgués: "abolición del imperio de lo general abstracto", y así por el estilo.

Esta interpelación de locuciones y galimatías filosóficos en las doctrinas francesas, fue bautizada con los nombres de "filosofía del hecho", "verdadero socialismo", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentación filosófica del socialismo", y otros semejantes.

De este modo, la literatura socialista y comunista francesa perdía toda su virilidad. Y como, en manos de

los alemanes, no expresaba ya la lucha de una clase contra otra clase, el profesor germano se hacía la ilusión de haber superado el "parcialismo francés"; a falta de verdaderas necesidades pregonaba la de la verdad, y a falta de los intereses del proletariado mantenía los intereses del ser humano, del hombre en general, de ese hombre que no reconoce clases, que ha dejado de vivir en la realidad para transportarse al cielo vaporoso de la fantasía filosófica.

Sin embargo, este socialismo alemán, que tomaba tan en serio sus desmayados ejercicios escolares y que tanto y tan solemnemente trompeteaba, fue perdiendo poco a poco su pedantesca inocencia.

En la lucha de la burguesía alemana, y principalmente, de la prusiana, contra el régimen feudal y la monarquía absoluta, el movimiento liberal fue tomando un cariz más serio.

Esto deparaba al "verdadero" socialismo la ocasión apetecida para oponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, para fulminar los consabidos anatemas contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la libre concurrencia burguesa, contra la libertad de Prensa, la libertad, la igualdad y el derecho burgueses, predicando ante la masa del pueblo que con este movimiento burgués no saldría ganando nada y sí perdiendo mucho. El socialismo alemán se cuidaba de olvidar oportunamente que la crítica francesa, de la que no era más que un eco sin vida, suponía la existencia de la sociedad burguesa moderna, con sus peculiares condiciones materiales de vida y su organización política adecuada, supuestos previos ambos en torno a los cuales giraba precisamente la lucha en Alemania.

Este "verdadero" socialismo les venía al dedillo a los gobiernos absolutos alemanes, con toda su cohorte de clérigos, maestros de escuela, hidalgüelos raídos y cagatintas, pues les servía de espantapájaros contra la amenazadora burguesía. Era una especie de melifluo complemento a los feroces latigazos y a las balas de fusil con que esos gobiernos recibían los levantamientos obreros.

Pero el "verdadero" socialismo, además de ser, como vemos, un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, encarnaba de una manera directa un interés reaccionario, el interés de la baja burguesía del país. La pequeña burguesía, heredada del siglo XVI y que desde entonces no había cesado de aflorar bajo diversas formas y modalidades, constituye en Alemania la verdadera base social del orden vigente.

Conservar esta clase es conservar el orden social imperante. Del predominio industrial y político de la burguesía teme la ruina segura, tanto por la concentración de capitales que ello significa, como porque entraña la formación de un proletariado

revolucionario. El “verdadero” socialismo venía a cortar de un tijeretazo —así se lo imaginaba ella— las dos alas de este peligro. Por eso, se extendió por todo el país como una verdadera epidemia.

El ropaje ampuloso en que los socialistas alemanes envolvían el puñado de huesos de sus “verdades eternas”, un ropaje tejido con hebras especulativas, bordado con las flores retóricas de su ingenio, empapado de nieblas melancólicas y románticas, hacía todavía más gustosa la mercancía para ese público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendía más claramente cada vez que su misión era la de ser el alto representante y abanderado de esa baja burguesía.

Proclamó a la nación alemana como nación modelo y al súbdito alemán como el tipo ejemplar de hombre. Dio a todos sus servilismos y vilezas un hondo y oculto sentido socialista, tornándolos en lo contrario de lo que en realidad eran. Y al alzarse curiosamente contra las tendencias “bárbaras y destructivas” del comunismo, subrayando como contraste la imparcialidad sublime de sus propias doctrinas, ajenas a toda lucha de clases, no hacía más que sacar la última consecuencia lógica de su sistema. Toda la pretendida literatura socialista y comunista que circula por Alemania, con poquísimas excepciones, profesa estas doctrinas repugnantes y castradas.

2. El socialismo burgués o conservador

Una parte de la burguesía desea mitigar las injusticias sociales, para de este modo garantizar la perduración de la sociedad burguesa.

Se encuentran en este bando los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que aspiran a mejorar la situación de las clases obreras, los organizadores de actos de beneficencia, las sociedades protectoras de animales, los promotores de campañas contra el alcoholismo, los predicadores y reformadores sociales de toda laya.

Pero, además, de este socialismo burgués han salido verdaderos sistemas doctrinales. Sirva de ejemplo la Filosofía de la miseria de Proudhon.

Los burgueses socialistas considerarían ideales las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que encierran. Su ideal es la sociedad existente, depurada de los elementos que la corroe y revolucionan: la burguesía sin el proletariado. Es natural que la burguesía se represente el mundo en que gobierna como el mejor de los mundos posibles. El socialismo burgués eleva esta idea consoladora a sistema o semisistema. Y al invitar al proletariado a que lo realice, tomando posesión de la nueva Jerusalén, lo que en realidad exige de él es que se avenga para siempre al actual sistema de sociedad, pero desterrando

la deplorable idea que de él se forma.

Una segunda modalidad, aunque menos sistemática bastante más práctica, de socialismo, pretende ahuyentar a la clase obrera de todo movimiento revolucionario haciéndole ver que lo que a ella le interesa no son tales o cuales cambios políticos, sino simplemente determinadas mejoras en las condiciones materiales, económicas, de su vida. Claro está que este socialismo se cuida de no incluir entre los cambios que afectan a las “condiciones materiales de vida” la abolición del régimen burgués de producción, que sólo puede alcanzarse por la vía revolucionaria; sus aspiraciones se contraen a esas reformas administrativas que son conciliables con el actual régimen de producción y que, por tanto, no tocan para nada a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo sólo —en el mejor de los casos— para abaratar a la burguesía las costas de su reinado y sanearle el presupuesto.

Este socialismo burgués a que nos referimos, sólo encuentra expresión adecuada allí donde se convierte en mera figura retórica.

¡Pedimos el librecambio en interés de la clase obrera! ¡En interés de la clase obrera pedimos aranceles protectores! ¡Pedimos prisiones celulares en interés de la clase trabajadora! Hemos dado, por fin, con la suprema y única seria aspiración del socialismo burgués.

Todo el socialismo de la burguesía se reduce, en efecto, a una tesis y es que los burgueses lo son y deben seguir siéndolo... en interés de la clase trabajadora.

3. El socialismo y el comunismo crítico-utópico

No queremos referirnos aquí a las doctrinas que en todas las grandes revoluciones modernas abrazan las aspiraciones del proletariado (obras de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas del proletariado para ahondar directamente en sus intereses de clase, en momentos de conmoción general, en el período de derrumbamiento de la sociedad feudal, tenían que tropezar necesariamente con la falta de desarrollo del propio proletariado, de una parte, y de otra con la ausencia de las condiciones materiales indispensables para su emancipación, que habían de ser el fruto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que guía estos primeros pasos vacilantes del proletariado es, y necesariamente tenía que serlo, juzgada por su contenido, reaccionaria. Estas doctrinas profesan un ascetismo universal y un torpe y vago igualitarismo.

Los verdaderos sistemas socialistas y comunistas, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., brotan en la primera fase embrionaria de las luchas

entre el proletariado y la burguesía, tal como más arriba la dejamos esbozada. (Capítulo V. "Burgueses y proletarios").

Cierto es que los autores de estos sistemas penetran ya en el antagonismo de las clases y en la acción de los elementos disolventes que germinan en el seno de la propia sociedad gobernante. Pero no aciertan todavía a ver en el proletariado una acción histórica independiente, un movimiento político propio y peculiar.

Y como el antagonismo de clase se desarrolla siempre a la par con la industria, se encuentran con que les faltan las condiciones materiales para la emancipación del proletariado, y es en vano que se debatan por crearlas mediante una ciencia social y a fuerza de leyes sociales. Esos autores pretenden suplantar la acción social por su acción personal especulativa, las condiciones históricas que han de determinar la emancipación proletaria por condiciones fantásticas que ellos mismos se forjan, la gradual organización del proletariado como clase por una organización de la sociedad inventada a su antojo. Para ellos, el curso universal de la historia que ha de venir se cifra en la propaganda y práctica ejecución de sus planes sociales.

Es cierto que en esos planes tienen la conciencia de defender primordialmente los intereses de la clase trabajadora, pero sólo porque la consideran la clase más sufriendo. Es la única función en que existe para ellos el proletariado.

La forma embrionaria que todavía presenta la lucha de clases y las condiciones en que se desarrolla la vida de estos autores hace que se consideren ajenos a esa lucha de clases y como situados en un plano muy superior. Aspiran a mejorar las condiciones de vida de todos los individuos de la sociedad, incluso los mejor acomodados. De aquí que no cesen de apelar a la sociedad entera sin distinción, cuando no se dirigen con preferencia a la propia clase gobernante. Abrigan la seguridad de que basta conocer su sistema para acatarlo como el plan más perfecto para la mejor de las sociedades posibles.

Por eso, rechazan todo lo que sea acción política, y muy principalmente la revolucionaria; quieren realizar sus aspiraciones por la vía pacífica e intentan abrir paso al nuevo evangelio social predicando con el ejemplo, por medio de pequeños experimentos que, naturalmente, les fallan siempre.

Estas descripciones fantásticas de la sociedad del mañana brotan en una época en que el proletariado no ha alcanzado aún la madurez, en que, por tanto, se forja todavía una serie de ideas fantásticas acerca de su destino y posición, dejándose llevar por los primeros impulsos, puramente intuitivos, de transformar

radicalmente la sociedad.

Y, sin embargo, en estas obras socialistas y comunistas hay ya un principio de crítica, puesto que atacan las bases todas de la sociedad existente. Por eso, han contribuido notablemente a ilustrar la conciencia de la clase trabajadora. Mas, fuera de esto, sus doctrinas de carácter positivo acerca de la sociedad futura, las que predicán, por ejemplo, que en ella se borrarán las diferencias entre la ciudad y el campo o las que proclaman la abolición de la familia, de la propiedad privada, del trabajo asalariado, el triunfo de la armonía social, la transformación del Estado en un simple organismo administrativo de la producción.... giran todas en torno a la desaparición de la lucha de clases, de esa lucha de clases que empieza a dibujarse y que ellos apenas si conocen en su primera e informe vaguedad. Por eso, todas sus doctrinas y aspiraciones tienen un carácter puramente utópico.

La importancia de este socialismo y comunismo crítico-utópico está en razón inversa al desarrollo histórico de la sociedad. Al paso que la lucha de clases se define y acentúa, va perdiendo importancia práctica y sentido teórico esa fantástica posición de superioridad respecto a ella, esa fe fantástica en su supresión. Por eso, aunque algunos de los autores de estos sistemas socialistas fueran en muchos respectos verdaderos revolucionarios, sus discípulos forman hoy día sectas indiscutiblemente reaccionarias, que tremolan y mantienen impertérritas las viejas ideas de sus maestros frente a los nuevos derroteros históricos del proletariado. Son, pues, consecuentes cuando pugnan por mitigar la lucha de clases y por conciliar lo inconciliable. Y siguen soñando con la fundación de falansterios, con la colonización interior, con la creación de una pequeña Icaria, edición en miniatura de la nueva Jerusalén... Y para levantar todos esos castillos en el aire, no tienen más remedio que apelar a la filantrópica generosidad de los corazones y los bolsillos burgueses. Poco a poco van resbalando a la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores, de los cuales sólo se distinguen por su sistemática pedantería y por el fanatismo supersticioso con que comulgan en las milagrerías de su ciencia social. He ahí por qué se enfrentan rabiosamente con todos los movimientos políticos a que se entrega el proletariado, lo bastante ciego para no creer en el nuevo evangelio que ellos le predicán.

En Inglaterra, los owenistas se alzan contra los cartistas, y en Francia, los reformistas tienen enfrente a los discípulos de Fourier.

ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS OTROS PARTIDOS DE LA OPOSICION

Después de lo que dejamos dicho en el capítulo II, fácil es comprender la relación que guardan los comunistas con los demás partidos obreros ya existentes, con los cartistas ingleses y con los reformadores agrarios de Norteamérica.

Los comunistas, aunque luchando siempre por alcanzar los objetivos inmediatos y defender los intereses cotidianos de la clase obrera, representan a la par, dentro del movimiento actual, su porvenir. En Francia se alían al partido democrático-socialista contra la burguesía conservadora y radical, mas sin renunciar por esto a su derecho de crítica frente a los tópicos y las ilusiones procedentes de la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin ignorar que este partido es una mezcla de elementos contradictorios: de demócratas socialistas, a la manera francesa, y de burgueses radicales.

En Polonia, los comunistas apoyan al partido que sostiene la revolución agraria, como condición previa para la emancipación nacional del país, al partido que provocó la insurrección de Cracovia en 1846.

En Alemania, el partido comunista luchará al lado de la burguesía, mientras ésta actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a la monarquía absoluta, a la gran propiedad feudal y a la pequeña burguesía.

Pero todo esto sin dejar un solo instante de laborar entre los obreros, hasta afirmar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado, para que, llegado el momento, los obreros alemanes se encuentren preparados para volverse contra la burguesía, como otras tantas armas, esas mismas condiciones políticas y sociales que la burguesía, una vez que triunfe, no tendrá más remedio que implantar; para que en el instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía.

Las miradas de los comunistas convergen con un especial interés sobre Alemania, pues no desconocen que este país está en vísperas de una revolución burguesa y que esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el prelude inmediato de una revolución proletaria.

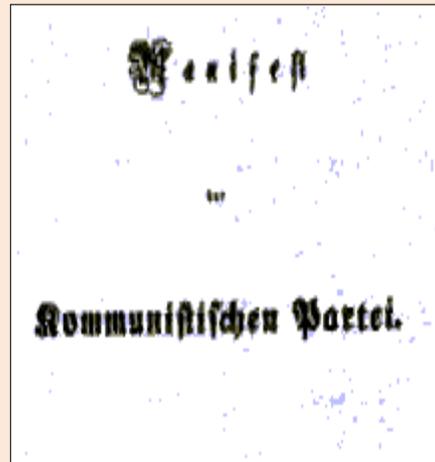
Resumiendo: los comunistas apoyan en todas partes, como se ve, cuantos movimientos revolucionarios se planteen contra el régimen social y político imperante.

En todos estos movimientos se ponen de relieve el régimen de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos progresiva que revista, como la cuestión fundamental que se ventila.

Finalmente, los comunistas laboran por llegar a la unión y la inteligencia de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución comunista. Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar.

¡Proletarios de todos los Países, uníos!



Portada original del Manifiesto Comunista en 1848

Lecturas

PRINCIPIOS DEL COMUNISMO¹

Federico Engels

I. ¿Qué es el comunismo?

El comunismo es la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado.

II. ¿Qué es el proletariado?

El proletariado es la clase social que consigue sus medios de subsistencia exclusivamente de la venta de su trabajo, y no del rédito de algún capital; es la clase, cuyas dicha y pena, vida y muerte y toda la existencia dependen de la demanda de trabajo es decir, de los períodos de crisis y de prosperidad de los negocios, de las fluctuaciones de una competencia desenfrenada. Dicho en pocas palabras, el proletariado, o la clase de los proletarios, es la clase trabajadora del siglo XIX.

III ¿Quiere decir que los proletarios no han existido siempre?

No las clases pobres y trabajadoras han existido siempre, siendo pobres en la mayoría de los casos. Ahora bien, los pobres, los obreros que viviesen en las condiciones que acabamos de señalar, o sea los proletarios, no han existido siempre, del mismo modo que la competencia no ha sido siempre libre y desenfrenada.

IV. ¿Cómo apareció el proletariado?

El proletariado nació a raíz de la revolución industrial, que se produjo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo pasado y se repitió luego en todos los países civilizados del mundo. Dicha revolución se debió al invento de la máquina de vapor, de las diversas máquinas de hilar, del telar mecánico y de toda una serie de otros dispositivos mecánicos. Estas máquinas, que costaban muy caras y, por eso, sólo estaban al alcance de los grandes capitalistas, transformaron completamente el antiguo modo de producción y desplazaron a los obreros anteriores, puesto que las máquinas producían mercancías más baratas y mejores que las que podían hacer éstos con ayuda de sus ruecas

¹ El trabajo *Principios del Comunismo* es un proyecto de programa de la Liga de los Comunistas. Lo escribió Engels en París, Francia, por encargo del Comité Comarcal de la Liga. Como lo tenía por proyecto previo, Engels, en la carta a Marx del 23 al 24 de noviembre de 1847, propone renunciar a la forma de catecismo y redactar un programa de la Liga de los Comunistas en forma de Manifiesto Comunista. En el Segundo Congreso de la Liga de los Comunistas (29 de noviembre-8 de diciembre), las opiniones de Marx y Engels fueron aprobadas por completo; se les dio el encargo de redactar el programa de la Liga, que fue el Manifiesto del Partido Comunista. Al escribirlo, los fundadores del marxismo utilizaron una serie de tesis expuestas en los Principios del comunismo.

y telares imperfectos.

Las máquinas pusieron la industria enteramente en manos de los grandes capitalistas y redujeron a la nada el valor de la pequeña propiedad de los obreros (instrumentos, telares, etc.), de modo que los capitalistas pronto se apoderaron de todo, y los obreros se quedaron con nada. Así se instauró en la producción de tejidos el sistema fabril. En cuanto se dio el primer impulse a la introducción de máquinas y al sistema fabril, este último se propagó rápidamente en las demás ramas de la industria, sobre todo en el estampado de tejidos, la impresión de libros, la alfarería y la metalurgia. El trabajo comenzó a dividirse más y más entre los obreros individuales de tal manera que el que antes efectuaba todo el trabajo pasó a realizar nada más que una parte del mismo. Esta división del trabajo permitió fabricar los productos más rápidamente y, por consecuencia, de modo más barato. Ello redujo la actividad de cada obrero a un procedimiento mecánico, muy sencillo, constantemente repetido, que la máquina podía realizar con el mismo éxito o incluso mucho mejor. Por tanto, todas estas ramas de la producción cayeron, una tras otra, bajo la dominación del vapor, de las máquinas y del sistema fabril, exactamente del mismo modo que la producción de hilados y de tejidos. En consecuencia, ellas se vieron enteramente en manos de los grandes capitalistas, y los obreros quedaron privados de los últimos restos de su independencia. Poco a poco, el sistema fabril extendió su dominación no ya sólo a la manufactura, en el sentido estricto de la palabra, sino que comenzó a apoderarse más y más de las actividades artesanas, ya que también en esta esfera los grandes capitalistas desplazaban cada vez más a los pequeños maestros, montando grandes talleres, en los que era posible ahorrar muchos gastos e implantar una detallada división del trabajo. Así llegamos a que, en los países civilizados, casi en todas las ramas del trabajo se afianza la producción fabril y, casi en todas estas ramas, la gran industria desplaza a la artesanía y la manufacture. Como resultado de ello, se arruina más y más la antigua clase media, sobre todo los pequeños artesanos, cambia completamente la anterior situación de los trabajadores y surgen dos clases nuevas, que absorben paulatinamente a todas las demás, a saber:

I. La clase de los grandes capitalistas, que son ya en todos los países civilizados casi los únicos poseedores de todos los medios de existencia, como igualmente de las materias primas y de los instrumentos (máquinas, fábricas, etc.) necesarios para la producción de los medios de existencia. Es la clase de los burgueses, o

sea, burguesía.

II. La clase de los completamente desposeídos, de los que en virtud de ello se ven forzados a vender su trabajo a los burgueses, al fin de recibir en cambio los medios de subsistencia necesarios para vivir. Esta clase se denomina la clase de los proletarios, o sea, proletariado.

V. ¿En qué condiciones se realiza esta venta del trabajo de los proletarios a los burgueses?

El trabajo es una mercancía como otra cualquiera, y su precio depende, por consiguiente, de las mismas leyes que el de cualquier otra mercancía. Pero, el precio de una mercancía, bajo el dominio de la gran industria o de la libre competencia, que es lo mismo, como lo veremos más adelante, es, por término medio, siempre igual a los gastos de producción de dicha mercancía. Por tanto, el precio del trabajo es también igual al costo de producción del trabajo.

Ahora bien, el costo de producción del trabajo consta precisamente de la cantidad de medios de subsistencia indispensables para que el obrero esté en condiciones de mantener su capacidad de trabajo y para que la clase obrera no se extinga. El obrero no percibirá por su trabajo más que lo indispensable para ese fin; el precio del trabajo o el salario será, por consiguiente, el más bajo, constituirá el mínimo de lo indispensable para mantener la vida.

Pero, por cuanto en los negocios existen períodos mejores y peores, el obrero percibirá unas veces más, otras menos, exactamente de la misma manera que el fabricante cobra unas veces más, otras menos, por sus mercancías. Y, al igual que el fabricante, que, por término medio, contando los tiempos buenos y los males, no percibe por sus mercancías ni más ni menos que su costo de producción, el obrero percibirá, por término medio, ni más ni menos que ese mínimo. Esta ley económica del salario se aplicará más rigurosamente en la medida en que la gran industria vaya penetrando en todas las ramas de la producción.

VI. ¿Qué clases trabajadoras existían antes de la revolución industrial?

Las clases trabajadoras han vivido en distintas condiciones, según las diferentes fases de desarrollo de la sociedad, y han ocupado posición es distintas respecto de las clases poseedoras y dominantes. En la antigüedad, los trabajadores eran esclavos de sus amos, como lo son todavía en un gran número de países atrasados e incluso en la parte meridional de los

Estados Unidos. En la Edad Media eran siervos de los nobles propietarios de tierras, como lo son todavía en Hungría, Polonia y Rusia. Además, en la Edad Media, hasta la revolución industrial, existían en las ciudades oficiales artesanos que trabajaban al servicio de la pequeña burguesía y, poco a poco, en la medida del progreso de la manufactura, comenzaron a aparecer obreros de manufacture que iban a trabajar contratados por grandes capitalistas.

VII. ¿Qué diferencia hay entre el proletario y el esclavo?

El esclavo está vendido de una vez y para siempre, en cambio, el proletario tiene que venderse él mismo cada día y cada hora. Todo esclavo individual, propiedad de un señor determinado, tiene ya asegurada su existencia por miserable que sea, por interés de éste. En cambio el proletario individual es, valga la expresión, propiedad de toda la clase de la burguesía. Su trabajo no se compra más que cuando alguien lo necesita, por cuya razón no tiene la existencia asegurada. Esta existencia está asegurada únicamente a toda la clase de los proletarios. El esclavo está fuera de la competencia. El proletario se halla sometido a ella y siente todas sus fluctuaciones. El esclavo es considerado como una cosa, y no miembro de la sociedad civil. El proletario es reconocido como persona, como miembro de la sociedad civil. Por consiguiente, el esclavo puede tener una existencia mejor que el proletario, pero este último pertenece a una etapa superior de desarrollo de la sociedad y se encuentra a un nivel más alto que el esclavo. Este se libera cuando de todas las relaciones de la propiedad privada no suprime más que una, la relación de esclavitud, gracias a lo cual sólo entonces se convierte en proletario; en cambio, el proletario sólo puede liberarse suprimiendo toda la propiedad privada en general.

VIII. ¿Qué diferencia hay entre el proletario y el siervo?

El siervo posee en propiedad y usufructo un instrumento de producción y una porción de tierra, a cambio de lo cual entrega una parte de su producto o cumple ciertos trabajos. El proletario trabaja con instrumentos de producción pertenecientes a otra persona, por cuenta de ésta, a cambio de una parte del producto. El siervo da, al proletario le dan. El siervo tiene la existencia asegurada, el proletario no. El siervo está fuera de la competencia, el proletario se halla sujeto a ella. El siervo se libera ya refugiándose en la ciudad y haciéndose artesano, ya dando a su amo dinero en lugar de trabajo o productos,

transformándose en libre arrendatario, ya expulsando a su señor feudal y haciéndose él mismo propietario. Dicho en breves palabras, se libera entrando de una manera u otra en la clase poseedora y en la esfera de la competencia. El proletario se libera suprimiendo la competencia, la propiedad privada y todas las diferencias de clase.

IX. *¿Qué diferencia hay entre el proletario y el artesano?*²

X. *¿Qué diferencia hay entre el proletario y el obrero de manufacture?*

El obrero de manufactura de los siglos XVI-XVIII poseía casi en todas partes instrumentos de producción: su telar, su rueca para la familia y un pequeño terreno que cultivaba en las horas libres. El proletario no tiene nada de eso.

El obrero de manufacture vive casi siempre en el campo y se halla en relaciones más o menos patriarcales con su señor o su patrono. El proletario suele vivir en grandes ciudades y no lo unen a su patrono más que relaciones de dinero. La gran industria arranca al obrero de manufacture de sus condiciones patriarcales; éste pierde la propiedad que todavía poseía y sólo entonces se convierte en proletario.

XI. *¿Cuáles fueron las consecuencias directas de la revolución industrial y de la división de la sociedad en burgueses y proletarios?*

En primer lugar, en virtud de que el trabajo de las máquinas reducía más y más los precios de los artículos industriales, en casi todos los países del mundo el viejo sistema de la manufactura o de la industria basada en el trabajo manual fue destruido enteramente. Todos los países semibárbaros que todavía quedaban más o menos al margen del desarrollo histórico y cuya industria se basaba todavía en la manufacture, fueron arrancados violentamente de su aislamiento. Comenzaron a comprar mercancías más baratas a los ingleses, dejando que se muriesen de hambre sus propios obreros de manufacture. Así, países que durante milenios no conocieron el menor progreso, como, por ejemplo la India, pasaron por una completa revolución, e incluso la China marcha ahora de cara a la revolución. Las cosas han llegado a tal punto que una nueva máquina que se invente ahora en Inglaterra podrá, en el espacio de un año, condenar al hambre a millones de obreros de China. De este modo, la gran industria ha ligado los unos a los otros a todos los

pueblos de la tierra, ha unido en un solo mercado mundial todos los pequeños mercados locales, ha preparado por doquier el terreno para la civilización y el progreso y ha hecho las cosas de tal manera que todo lo que se realiza en los países civilizados debe necesariamente repercutir en todos los demás, por tanto, si los obreros de Inglaterra o de Francia se liberan ahora, ello debe suscitar revoluciones en todos los demás países, revoluciones que tarde o temprano culminarán también allí en la liberación de los obreros.

En segundo lugar, en todas las partes en que la gran industria ocupó el lugar de la manufactura, la burguesía aumentó extraordinariamente su riqueza y poder y se erigió en primera clase del país. En consecuencia, en todas las partes en las que se produjo ese proceso, la burguesía tomó en sus manos el poder político y desalojó las clases que dominaban antes: la aristocracia, los maestros de gremio y la monarquía absoluta, que representaba a la una y a los otros. La burguesía acabó con el poderío de la aristocracia y de la nobleza, suprimiendo el mayorazgo o la inalienabilidad de la posesión de tierras, como también todos los privilegios de la nobleza. Destruyó el poderío de los maestros de gremio, eliminando todos los gremios y los privilegios gremiales.

En el lugar de unos y otros puso la libre competencia, es decir, un estado de la sociedad en la que cada cual tenía derecho a dedicarse a la rama de la industria que le gustase y nadie podía impedirle a no ser la falta de capital necesario para tal actividad. Por consiguiente, la implantación de la libre competencia es la proclamación pública de que, de ahora en adelante, los miembros de la sociedad no son iguales entre sí únicamente en la medida en que no lo son sus capitales, que el capital se convierte en la fuerza decisiva y que los capitalistas, o sea, los burgueses, se erigen así en la primera clase de la sociedad. Ahora bien, la libre competencia es indispensable en el período inicial del desarrollo de la gran industria, porque es el único régimen social con el que la gran industria puede progresar. Tras de aniquilar de este modo el poderío social de la nobleza y de los maestros de gremio, puso fin también al poder político de la una y los otros. Llegada a ser la primera clase de la sociedad, la burguesía se proclamó también la primera clase en la esfera política. Lo hizo implantando el sistema representativo, basado en la igualdad burguesa ante la ley y en el reconocimiento legislativo de la libre competencia. Este sistema fue instaurado en los países europeos bajo la forma de la monarquía constitucional.

² Aquí Engels deja en blanco el manuscrito para redactor luego la respuesta a la pregunta IX. (N. de la Edit.)

En dicha monarquía sólo tienen derecho de voto los poseedores de cierto capital, es decir, únicamente los burgueses. Estos electores burgueses eligen a los diputados, y estos diputados burgueses, valiéndose del derecho a negar los impuestos, eligen un gobierno burgués.

En tercer lugar, la revolución industrial ha creado en todas partes el proletariado en la misma medida que la burguesía. -Cuanto más ricos se hacían los burgueses, más numerosos eran los proletarios. Visto que sólo el capital puede dar ocupación a los proletarios y que el capital sólo aumenta cuando emplea trabajo, el crecimiento del proletariado se produce en exacta correspondencia con el del capital. Al propio tiempo, la revolución industrial agrupa a los burgueses y a los proletarios en grandes ciudades, en las que es más ventajoso fomentar la industria, y con esa concentración de grandes masas en un mismo lugar le inculca a los proletarios la conciencia de su fuerza. Luego, en la medida del progreso de la revolución industrial, en la medida en que se inventan nuevas máquinas, que eliminan el trabajo manual, la gran industria ejerce una presión creciente sobre los salarios y los reduce, como hemos dicho, al mínimo, haciendo la situación del proletariado cada vez más insoportable. Así, por una parte, como consecuencia del descontento creciente del proletariado y, por la otra, del crecimiento del poderío de éste, la revolución industrial prepara la revolución social que ha de realizar el proletariado.

XII. ¿Cuáles han sido las consecuencias siguientes de la revolución industrial?

La gran industria creó, con la máquina de vapor y otras máquinas, los medios de aumentar la producción industrial rápidamente, a bajo costo y hasta el infinito. Merced a esta facilidad de ampliar la producción, la libre competencia, consecuencia necesaria de esta gran industria, adquirió pronto un carácter extraordinariamente violento; un gran número de capitalistas se lanzó a la industria, en breve plaza se produjo más de lo que se podía consumir. Como consecuencia, no se podían vender las mercancías fabricadas y sobrevino la llamada crisis comercial; las fábricas tuvieron que parar, los fabricantes quebraron y los obreros se quedaron sin pan. Y en todas partes se extendió la mayor miseria. Al cabo de cierto tiempo se vendieron los productos sobrantes, las fábricas volvieron a funcionar, los salarios subieron y, poco a poco, los negocios marcharon mejor que nunca. Pero

no por mucho tiempo, ya que pronto volvieron a producirse demasiadas mercancías y sobrevino una nueva crisis que transcurrió exactamente de la misma manera que la anterior. Así, desde comienzos del presente siglo, en la situación de la industria se han producido continuamente oscilaciones entre períodos de prosperidad y períodos de crisis, y casi regularmente, cada cinco o siete años se ha producido tal crisis, con la particularidad de que cada vez acarrea las mayores calamidades para los obreros, una agitación revolucionaria general y un peligro colosal para todo el régimen existente.

XIII. ¿Cuáles son las consecuencias de estas crisis comerciales que se repiten regularmente?

En primer lugar, la de que la gran industria, que en el primer período de su desarrollo creó la libre competencia, la ha rebasado ya; que la competencia y, hablando en términos generales, la producción industrial en manos de unos u otros particulares se ha convertido para ella en una traba a la que debe y ha de romper; que la gran industria, mientras siga sobre la base actual, no puede existir sin conducir cada siete años a un caos general que supone cada vez un peligro para toda la civilización y no sólo sume en la miseria a los proletarios, sine que arruina a muchos burgueses; que, por consiguiente, la gran industria debe destruirse ella misma, lo que es absolutamente imposible, o reconocer que hace imprescindible una organización completamente nueva de la sociedad, en la que la producción industrial no será más dirigida por unos u otros fabricantes en competencia entre sí, sino por toda la sociedad con arreglo a un plan determinado y de conformidad con las necesidades de todos los miembros de la sociedad.

En segundo lugar, que la gran industria y la posibilidad, condicionada por ésta, de ampliar hasta el infinito la producción permiten crear un régimen social en el que se producirán tantos medios de subsistencia que cada miembro de la sociedad estará en condiciones de desarrollar y emplear libremente todas sus fuerzas y facultades; de modo que, precisamente la peculiaridad de la gran industria que en la sociedad moderna engendra toda la miseria y todas las crisis comerciales será en la otra organización social justamente la que ha de acabar con esa miseria y esas fluctuaciones preñadas de tantas desgracias.

Por tanto, está probado claramente:

1) Que en la actualidad todos estos males se deben únicamente al régimen social, el cual ya no responde

más a las condiciones existentes;

2) Que ya existen los medios de supresión definitiva de estas calamidades por vía de la construcción de un nuevo orden social.

XIV. *¿Cómo debe ser ese nuevo orden social?*

Ante todo, la administración de la industria y de todas las ramas de la producción en general dejará de pertenecer a unos u otros individuos en competencia. En lugar de esto, las ramas de la producción pasarán a manos de toda la sociedad, es decir, serán administradas en beneficio de toda la sociedad, con arreglo a un plan general y con la participación de todos los miembros de la sociedad. Por tanto, el nuevo orden social suprimirá la competencia y la sustituirá con la asociación. En vista de que la dirección de la industria, al hallarse en manos de particulares, implica necesariamente la existencia de la propiedad privada y por cuanto la competencia no es otra cosa que ese modo de dirigir la industria, en el que la gobiernan propietarios privados, la propiedad privada va unida inseparablemente a la dirección individual de la industria y a la competencia. Así, la propiedad privada debe también ser suprimida y ocuparán su lugar el usufructo colectivo de todos los instrumentos de producción y el reparto de los productos de común acuerdo, lo que se llama la comunidad de bienes.

La supresión de la propiedad privada es incluso la expresión más breve y más característica de esta transformación de todo el régimen social, que se ha hecho posible merced al progreso de la industria. Por eso los comunistas la plantean con razón como su principal reivindicación.

XV. *¿Eso quiere decir que la supresión de la propiedad privada no era posible antes?*

No, no era posible. Toda transformación del orden social, todo cambio de las relaciones de propiedad es consecuencia necesaria de la aparición de nuevas fuerzas productivas que han dejado de corresponder a las viejas relaciones de propiedad. Así ha surgido la misma propiedad privada. La propiedad privada no ha existido siempre; cuando a fines de la Edad Media surgió el nuevo modo de producción bajo la forma de la manufacture, que no encuadraba en el marco de la propiedad feudal y gremial, esta manufacture, que no correspondía ya a las viejas relaciones de propiedad, dio vida a una nueva forma de propiedad: la propiedad privada. En efecto, para la manufacture y para el primer período de desarrollo de la gran industria no era

posible ninguna otra forma de propiedad además de la propiedad privada, no era posible ningún orden social además del basado en esta propiedad. Mientras no se pueda conseguir una cantidad de productos que no sólo baste para todos, sine que se quede cierto excedente para aumentar el capital social y seguir fomentando las fuerzas productivas, deben existir necesariamente una clase dominante que disponga de las fuerzas productivas de la sociedad y una clase pobre y oprimida. La constitución y el carácter de estas clases dependen del grado de desarrollo de la producción. La sociedad de la Edad Media, que tiene por base el cultivo de la tierra, nos da el señor feudal y el siervo; las ciudades de las postrimerías de la Edad Media nos dan el maestro artesano, el oficial y el jornalero; en el siglo XVII, el propietario de manufacture y el obrero de ésta; en el siglo XIX, el gran fabricante y el proletario. Es claro que, hasta el presente, las fuerzas productivas no se han desarrollado aún al punto de proporcionar una cantidad de bienes suficiente para todos y para que la propiedad privada sea ya una traba, un obstáculo para su progreso. Pero hoy, cuando, merced al desarrollo de la gran industria, en primer lugar, se han constituido capitales y fuerzas productivas en proporciones sin precedentes y existen medios para aumentar en breve plazo hasta el infinito estas fuerzas productivas; cuando, en segundo lugar, estas fuerzas productivas se concentran en manos de un reducido número de burgueses, mientras la gran masa del pueblo se va convirtiendo cada vez más en proletarios, con la particularidad de que su situación se hace más precaria e insoportable en la medida en que aumenta la riqueza de los burgueses; cuando, en tercer lugar, estas poderosas fuerzas productivas, que se multiplican con tanta facilidad hasta rebasar el marco de la propiedad privada y del burgués, provocan continuamente las mayores conmociones del orden social, sólo ahora la supresión de la propiedad privada se ha hecho posible e incluso absolutamente necesaria.

XVI. *¿Será posible suprimir por vía pacífica la propiedad privada?*

Sería de desear que fuese así, y los comunistas, como es lógico, serían los últimos en oponerse a ello. Los comunistas saben muy bien que todas las conspiraciones, además de inútiles, son incluso perjudiciales. Están perfectamente al corriente de que no se pueden hacer las revoluciones premeditada y arbitrariamente y que éstas han sido siempre y en todas partes una consecuencia necesaria de circunstancias que no dependían en absoluto de la voluntad y la dirección

de unos u otros partidos o clases enteras. Pero, al propio tiempo, ven que se viene aplastando por la violencia el desarrollo del proletariado en casi todos los países civilizados y que, con ello, los enemigos mismos de los comunistas trabajan con todas sus energías para la revolución. Si todo ello termina en fin de cuentas, empujando al proletariado subyugado a la revolución, nosotros, los comunistas, defenderemos con hechos, no menos que como ahora lo hacemos de palabra, la cause del proletariado.

XVII. ¿Será posible suprimir de golpe la propiedad privada?

No, no será posible, del mismo modo que no se puede aumentar de golpe las fuerzas productivas existentes en la medida necesaria para crear una economía colectiva. Por eso, la revolución del proletariado, que se avecina según todos los indicios, sólo podrá transformar paulatinamente la sociedad actual, y acabará con la propiedad privada únicamente cuando haya creado la necesaria cantidad de medios de producción.

XVIII. ¿Qué vía de desarrollo tomará esa revolución?

Establecerá, ante todo, un régimen democrático y, por tanto, directa o indirectamente, la dominación política del proletariado. Directamente en Inglaterra, donde los proletarios constituyen ya la mayoría del pueblo.

Indirectamente en Francia y en Alemania, donde la mayoría del pueblo no consta únicamente de proletarios, sine, además, de pequeños campesinos y pequeños burgueses de la ciudad, que se encuentran sólo en la fase de transformación en proletariado y que, en lo tocante a la satisfacción de sus intereses políticos, dependen cada vez más del proletariado, por cuya razón han de adherirse pronto a las reivindicaciones de éste. Para ello, quizá, se necesite una nueva lucha que, sin embargo, no puede tener otro desenlace que la victoria del proletariado.

La democracia sería absolutamente inútil para el proletariado si no la utilizara inmediatamente como media para llevar a cabo amplias medidas que atentasen directamente contra la propiedad privada y asegurasen la existencia del proletariado. Las medidas más importantes, que dimanar necesariamente de las condiciones actuales, son:

1) Restricción de la propiedad privada mediante el impuesto progresivo, el alto impuesto sobre las herencias, la abolición del derecho de herencia en las líneas laterales (hermanos, sobrinos, etc.), préstamos forzados, etc.

2) Expropiación gradual de los propietarios agrarios,

fabricantes, propietarios de ferrocarriles y buques, parcialmente con ayuda de la competencia por parte de la industria estatal y, parcialmente de modo directo, con indemnización en asignados.

3) Confiscación de los bienes de todos los emigrados y de los rebeldes contra la mayoría del pueblo.

4) Organización del trabajo y ocupación de los proletarios en fincas, fábricas y talleres nacionales, con lo cual se eliminará la competencia entre los obreros, y los fabricantes que queden, tendrán que pagar salarios tan altos como el Estado.

5) Igual deber obligatorio de trabajo para todos los miembros de la sociedad hasta la supresión complete de la propiedad privada. Formación de ejércitos industriales, sobre todo para la agricultura.

6) Centralización de los créditos y la banca en las manos del Estado a través del Banco Nacional, con capital del Estado. Cierre de todos los bancos privados.

7) Aumento del número de fábricas, talleres, ferrocarriles y buques nacionales, cultivo de todas las tierras que están sin labrar y mejoramiento del cultivo de la s demás tierras en consonancia con el aumento de los capitales y del número de obreros de que dispone; la nación.

8) Educación de todos los niños en establecimientos estatales y a cargo del Estado, desde el momento en que puedan prescindir del cuidado de la madre. Conjuguar la educación con el trabajo fabril.

9) Construcción de grandes palacios en las fincas del Estado para que sirvan de vivienda a las comunas de ciudadanos que trabajen en la industria y la agricultura y unan las ventajas de la vida en la ciudad y en el campo, evitando así el carácter unilateral y los defectos de la una y la otra.

10) Destrucción de todas las casas y barrios insalubres y mal construidos.

11) Igualdad de derecho de herencia para los hijos legítimos y los naturales.

12) Concentración de todos los medios de transporte en manos de la nación.

Por supuesto, todas estas medidas no podrán ser llevadas a la práctica de golpe. Pero cada una entraña necesariamente la siguiente. Una vez emprendido el primer ataque radical contra la propiedad privada, el proletariado se verá obligado a seguir siempre adelante y a concentrar más y más en las manos del Estado todo el capital, toda la agricultura, toda la industria, todo el transporte y todo el cambio. Este es el objetivo a que conducen las medidas mencionadas. Ellas serán

aplicables y surtirán su efecto centralizador exactamente en el mismo grado en que el trabajo del proletariado multiplique las fuerzas productivas del país. Finalmente, cuando todo el capital, toda la producción y todo el cambio estén concentrados en las manos de la nación, la propiedad privada dejará de existir de por sí, el dinero se hará superfluo, la producción aumentará y los hombres cambiarán tanto que se podrán suprimir también las últimas formas de relaciones de la vieja sociedad.

XIX. ¿Es posible esta revolución en un solo país?

No. La gran industria, al crear el mercado mundial, ha unido ya tan estrechamente todos los pueblos del globo terrestre, sobre todo los pueblos civilizados, que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro.

Además, ha nivelado en todos los países civilizados el desarrollo social a tal punto que en todos estos países la burguesía y el proletariado se han erigido en las dos clases decisivas de la sociedad, y la lucha entre ellas se ha convertido en la principal lucha de nuestros días. Por consecuencia, la revolución comunista no será una revolución puramente nacional, sine que se producirá simultáneamente en todos los países civilizados, es decir, al menos en Inglaterra, en América, en Francia y en Alemania. Ella se desarrollará en cada uno de estos países más rápidamente o más lentamente, dependiendo del grado en que esté en cada uno de ellos más desarrollada la industria, en que se hayan acumulado más riquezas y se disponga de mayores fuerzas productivas.

Por eso será más lenta y difícil en Alemania y más rápida y fácil en Inglaterra. Ejercerá igualmente una influencia considerable en los demás países del mundo, modificará de raíz y acelerará extraordinariamente su anterior marcha del desarrollo. Es una revolución universal y tendrá, por eso, un ámbito universal.

XX. ¿Cuáles serán las consecuencias de la supresión definitiva de la propiedad privada?

Al quitar a los capitalistas privados el usufructo de todas las fuerzas productivas y medios de comunicación, así como el cambio y el reparto de los productos, al administrar todo eso con arreglo a un plan basado en los recursos disponibles y las necesidades de toda la sociedad, ésta suprimirá, primeramente, todas las consecuencias nefastas ligadas al actual sistema de dirección de la gran industria. Las crisis desaparecerán; la producción ampliada, que es, en la sociedad actual, una superproducción y una cause tan

poderosa de la miseria, será entonces muy insuficiente y deberá adquirir proporciones mucho mayores. En lugar de engendrar la miseria, la producción superior a las necesidades perentorias de la sociedad permitirá satisfacer las demandas de todos los miembros de ésta, engendrará nuevas demandas y creará, a la vez, los medios de satisfacerlas.

Será la condición y la cause de un mayor progreso y lo llevará a cabo, sin suscitar, como antes, el trastorno periódico de todo el orden social. La gran industria, liberada de las trabas de la propiedad privada, se desarrollará en tales proporciones que, comparado con ellas, su estado actual parecerá tan mezquino como la manufacture al lado de la gran industria moderna. Este avance de la industria brindará a la sociedad suficiente cantidad de productos para satisfacer las necesidades de todos. Del mismo modo, la agricultura, en la que, debido al yugo de la propiedad privada y al fraccionamiento de las parcelas, resulta difícil el empleo de los perfeccionamientos ya existentes y de los adelantos de la ciencia, experimentará un nuevo auge y ofrecerá a disposición de la sociedad una cantidad suficiente de productos. Así, la sociedad producirá lo bastante para organizar la distribución con vistas a cubrir las necesidades de todos sus miembros. Con ello quedará superflua la división de la sociedad en clases distintas y antagónicas. Dicha división, además de superflua, será incluso incompatible con el nuevo régimen social. La existencia de clases se debe a la división del trabajo, y esta última, bajo su forma actual, desaparecerá enteramente, ya que, para elevar la producción industrial y agrícola al mencionado nivel no bastan sólo los medios auxiliares mecánicos y químicos. Es preciso desarrollar correlativamente las aptitudes de los hombres que emplean estos medios. Al igual que en el siglo pasado, cuando los campesinos y los obreros de las manufactures, tras de ser incorporados a la gran industria, modificaron todo su régimen de vida y se volvieron completamente otros, la dirección colectiva de la producción por toda la sociedad y el nuevo progreso de dicha producción que resultará de ello necesitarán hombres nuevos y los formarán. La gestión colectiva de la producción no puede correr a cargo de los hombres tales como lo son hoy, hombres que dependen cada cual de una rama determinada de la producción, están aferrados a ella, son explotados por ella, desarrollan nada más que un aspecto de sus aptitudes a cuenta de todos los otros y sólo conocen una rama o parte de alguna rama de toda la producción. La industria de nuestros días está ya cada vez menos en

condiciones de emplear tales hombres.

La industria que funciona de modo planificado merced al esfuerzo común de toda la sociedad presupone con más motivo hombres con aptitudes desarrolladas universalmente, hombres capaces de orientarse en todo el sistema de la producción. Por consiguiente, desaparecerá del todo la división del trabajo, minada ya en la actualidad por la máquina, la división que hace que uno sea campesino, otro, zapatero, un tercero, obrero fabril, y un cuarto, especulador de la balsa. La educación dará a los jóvenes la posibilidad de asimilar rápidamente en la práctica todo el sistema de producción y les permitirá pasar sucesivamente de una rama de la producción a otra, según sean las necesidades de la sociedad o sus propias inclinaciones. Por consiguiente, la educación los liberará de ese carácter unilateral que la división actual del trabajo impone a cada individuo. Así, la sociedad organizada sobre bases comunistas dará a sus miembros la posibilidad de emplear en todos los aspectos sus facultades desarrolladas universalmente. Pero, con ello desaparecerán inevitablemente las diversas clases. Por tanto, de una parte, la sociedad organizada sobre bases comunistas es incompatible con la existencia de clases y, de la otra, la propia construcción de esa sociedad brinda los medios para suprimir las diferencias de clase.

De ahí se desprende que ha de desaparecer igualmente la oposición entre la ciudad y el campo. Unos mismos hombres se dedicarán al trabajo agrícola y al industrial, en lugar de dejar que lo hagan dos clases diferentes. Esto es una condición necesaria de la asociación comunista y por razones muy materiales.

La dispersión de la población rural dedicada a la agricultura, a la par con la concentración de la población industrial en las grandes ciudades, corresponde sólo a una etapa todavía inferior de desarrollo de la agricultura y la industria y es un obstáculo para el progreso, cosa que se hace ya sentir con mucha fuerza.

La asociación general de todos los miembros de la sociedad al objeto de utilizar colectiva y racionalmente las fuerzas productivas; el fomento de la producción en proporciones suficientes para cubrir las necesidades de todos; la liquidación del estado de cosas en el que las necesidades de unos se satisfacen a costa de otros; la supresión completa de las clases y del antagonismo entre ellas; el desarrollo universal de las facultades de todos los miembros de la sociedad merced a la eliminación de la anterior división del trabajo, mediante la educación industrial, merced al cambio de actividad, a

la participación de todos en el usufructo de los bienes creados por todos y, finalmente, mediante la fusión de la ciudad con el campo serán los principales resultados de la supresión de la propiedad privada.

XXI. ¿Qué influencia ejercerá el régimen social comunista en la familia?

Las relaciones entre los sexos tendrán un carácter puramente privado, perteneciente sólo a las personas que toman parte en ellas, sin el menor motivo para la injerencia de la sociedad. Eso es posible merced a la supresión de la propiedad privada y la educación de los niños por la sociedad, con lo cual se destruyen las dos bases del matrimonio actual ligadas a la propiedad privada: la dependencia de la mujer respecto del hombre y la dependencia de los hijos respecto de los padres. En ello reside, precisamente, la respuesta a los alaridos altamente moralistas de los buzuezotes con motivo de la comunidad de las mujeres, que, según éstos, quieren implantar los comunistas.

La comunidad de las mujeres es un fenómeno que pertenece enteramente a la sociedad burguesa y existe hoy plenamente bajo la forma de prostitución. Pero, la prostitución descansa en la propiedad privada y desaparecerá junta con ella. Por consiguiente, la organización comunista, en lugar de implantar la comunidad de las mujeres, la suprimirá.

XXII. ¿Cuál será la actitud de la organización comunista hacia las nacionalidades existentes?

-Queda.³

XIII. ¿Cuál será su actitud hacia las religiones existentes?

- Queda.

XXIV. ¿Cuál es la diferencia entre los comunistas y los socialistas?

Los llamados socialistas se dividen en tres categorías.

La primera consta de partidarios de la sociedad feudal y patriarcal, que ha sido destruida y sigue siéndolo a diario por la gran industria, el comercio mundial y la sociedad burguesa creada por ambos. Esta categoría saca de los males de la sociedad moderna la conclusión de que hay que restablecer la sociedad feudal y patriarcal, ya que estaba libre de estos males. Todas sus propuestas persiguen, directa o indirectamente, este objetivo. Los comunistas lucharán siempre enérgicamente contra esa categoría de socialistas reaccionarios, pese a su fingida compasión de

³ En el manuscrito, en lugar de respuesta a la pregunta 22, así como a la siguiente 1 a 23, figura la palabra queda. Por lo visto, estima que la respuesta debía quedar en la forma que estaba expuesta en uno de los proyectos previos, que no nos han llegado, del programa de la Liga de los Comunistas.

la miseria del proletariado y las amargas lágrimas que vierten con tal motivo, puesto que estos socialistas:

1) Se proponen un objetivo absolutamente imposible;

2) Se esfuerzan por restablecer la dominación de la aristocracia, los maestros de gremio y los propietarios de manufactures, con su séquito de monarcas absolutas o feudales, funcionarios, soldados y cures, una sociedad que, cierto, estaría libre de los vicios de la sociedad actual, pero, en cambio, acarrearía, cuando menos, otros tantos males y, además, no ofrecería la menor perspectiva de liberación, con ayuda de la organización comunista, de los obreros oprimidos;

3) Muestran sus verdaderos sentimientos cada vez que el proletariado se hace revolucionario y comunista: se alían inmediatamente a la burguesía contra los proletarios.

La segunda categoría consta de partidarios de la sociedad actual, a los que los males necesariamente provocados por ésta inspiran temores en cuanto a la existencia de la misma. Ellos quieren, por consiguiente, conservar la sociedad actual, pero suprimir los males ligados a ella. A tal objeto, unos proponen medidas de simple beneficencia; otros, grandiosos planes de reformas que, so pretexto de reorganización de la sociedad, se plantean el mantenimiento de las bases de la sociedad actual y, con ello, la propia sociedad actual. Los comunistas deberán igualmente combatir con energía contra estos socialistas burgueses, puesto que éstos trabajan para los enemigos de los comunistas y defienden la sociedad que los comunistas quieren destruir.

Finalmente, la tercera categoría consta de socialistas democráticos. Al seguir el mismo camino que los comunistas, se proponen llevar a cabo una parte de las medidas señaladas en la pregunta... *⁴, pero no como medidas de transición al comunismo, sino como un medio suficiente para acabar con la miseria y los males de la sociedad actual. Estos socialistas democráticos son proletarios que no ven todavía con bastante claridad las condiciones de su liberación, o representantes de la pequeña burguesía, es decir, de la clase que, hasta la conquista de la democracia y la aplicación de las medidas socialistas dimanantes de ésta, tiene en muchos aspectos los mismos intereses que los proletarios. Por eso, los comunistas se entenderán con esos socialistas democráticos en los momentos de acción y deben, en general, atenerse en esas ocasiones y en lo posible a

⁴ * En el manuscrito está en blanco ese lugar; tratase de la pregunta XVIII (nota de la Edit.).

una política común con ellos, siempre que estos socialistas no se pongan al servicio de la burguesía dominante y no ataquen a los comunistas. Por supuesto, estas acciones comunes no excluyen la discusión de las divergencias que existen entre ellos y los comunistas.

XXV. ¿Cuál es la actitud de los comunistas hacia los demás partidos políticos de nuestra época?

Esta actitud es distinta en los diferentes países. En Inglaterra, Francia y Bélgica, en las que domino la burguesía, los comunistas todavía tienen intereses comunes con diversos partidos democráticos, con la particularidad de que esta comunidad de intereses es tanto mayor cuanto más los demócratas se acercan a los objetivos de los comunistas en las medidas socialistas que los demócratas defienden ahora en todas partes, es decir, cuanto más clara y explícitamente defienden los intereses del proletariado y cuanto más se apoyan en el proletariado. En Inglaterra, por ejemplo, los cartistas,⁵ que constan de obreros, se aproximan inconmensurablemente más a los comunistas que los pequeñoburgueses democráticos o los llamados radicales.

En Norteamérica, donde ha sido proclamada la Constitución democrática, los comunistas deberán apoyar al partido que quiere encaminar esta Constitución contra la burguesía y utilizarla en beneficio del proletariado, es decir, al partido de la reforma agraria nacional.

En Suiza, los radicales, aunque constituyen todavía un partido de composición muy heterogénea, son, no obstante, los únicos con los que los comunistas pueden concertar acuerdos, y entre estos radicales los más progresistas son los de Vand y los de Ginebra.

Finalmente, en Alemania está todavía por delante la lucha decisiva entre la burguesía y la monarquía absoluta. Pero, como los comunistas no pueden contar con una lucha decisiva con la burguesía antes de que ésta llegue al poder, les conviene a los comunistas ayudarle a que conquiste lo más pronto posible la dominación, a fin de derrocarla, a su vez, lo más pronto posible. Por tanto, en la lucha de la burguesía liberal contra los gobiernos. Los comunistas deben estar siempre del lado de la primera, precaviéndose, no

⁵ Recibieron la denominación de cartistas los participantes en el movimiento obrero de Gran Bretaña entre los años 30 y mediados de los 50 del siglo XIX debido a la grave situación económica y la falta de derechos políticos. Este movimiento transcurrió bajo la consigna de lucha por la aprobación de la Carta del Pueblo que contenía las reivindicaciones de sufragio universal y varias condiciones que garantizaban este derecho a los obreros. Según definición de Lenin, el cartismo era "el primer movimiento proletario y revolucionario amplio, verdaderamente de masas y políticamente formado".

obstante, contra el autoengaño en que incurre la burguesía y sin fiarse en las aseveraciones seductoras de esta acerca de las benéficas consecuencias que, según ella, traerá al proletariado la victoria de la burguesía. Las únicas ventajas que la victoria de la burguesía brindará a los comunistas serán: 1) diversas concesiones que aliviarán a los comunistas la defensa, la discusión y la propagación de sus principios y, por tanto, aliviarán la cohesión del proletariado en una clase organizada, estrechamente unida y dispuesta a la lucha, y 2) la seguridad de que el día en que caigan los gobiernos absolutistas, llegará la hora de la lucha entre los burgueses y los proletarios. A partir de ese día, la política del partido de los comunistas será aquí la misma que en los países donde domina ya la burguesía.

“¡Qué anuncio compañero Marx!”
(Humberto Ecco)

“Aunque el ‘Manifiesto’ es nuestra obra común, considérome obligado a señalar que la tesis fundamental, el núcleo del mismo pertenece a Marx. Esta tesis firma que en cada época histórica el modo predominante de producción económica y cambio y la organización social que de él se deriva necesariamente forman la base sobre la cual se levanta y la única que explica la historia política e intelectual de dicha época; que, por tanto (después de la disolución de la sociedad gentilicia primitiva con su propiedad comunal de la tierra), toda la historia de la humanidad ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre explotadores y explotados, entre clases dominantes y clases oprimidas; que la historia de esas luchas de clases es una serie de evoluciones, que ha alcanzado en el presente un grado tal de desarrollo en que la clase explotada y oprimida —el proletariado— no puede ya emanciparse del yugo de la clase explotadora y dominante —la burguesía— sin emancipar al mismo tiempo, y para siempre, a toda la sociedad de toda explotación, opresión, división en clases y lucha de clases”

(Federico Engels, prefacio a la edición inglesa de 1888 del Manifiesto Comunista)

“En esta obra está trazada, con claridad y brillantez geniales, la nueva concepción del mundo: el materialismo consecuente, aplicado también al campo de la vida social; la dialéctica, como la doctrina más profunda y completa sobre el desarrollo; la teoría de la lucha de clases y del papel revolucionario histórico-universal del proletariado, creador de la nueva sociedad, de la sociedad comunista”.

(V. I. Lenin)

“El Manifiesto se alza en esta calzada como una gran piedra miliar que ostenta una doble inscripción: en el anverso el cuño de la nueva doctrina que había que dar la vuelta al mundo, en el reverso la orientación acerca de las formas que enterraba, aunque sin trazar su historia”.

(Antonio Labriola)

“El manifiesto comunista representa, por tanto, una forma superior de la conciencia de clase proletaria. Enseña a la clase obrera que la sociedad socialista será el producto de su lucha de clase contra la burguesía. Le enseña también la necesidad de no luchar solamente por aumentos salariales, sino también por la abolición del régimen salarial. Le enseña, sobre todo, la necesidad de formar partidos obreros independientes, completar su acción de reivindicaciones económicas con una acción política en el plano nacional e internacional”

(Ernest Mandel)

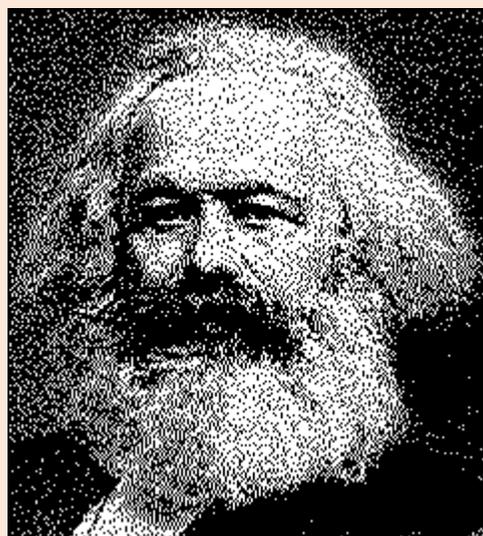
El Manifiesto “Dice así: (...) ‘cuando la lucha de clases se acerca al momento decisivo, la disolución de la clase dominante y de toda la vieja sociedad toma un carácter tan violento, tan significativo, que una pequeña fracción de la burguesía se separa de ella y se une a la clase revolucionaria, que tiene en sus manos el porvenir. En otros tiempos, una parte de la nobleza se puso al lado de la burguesía. Hoy una parte de la burguesía se junta con el proletariado: esta parte sale especialmente de la burguesía ideóloga, de los pensadores de la clase media, que han comprendido teóricamente la marcha del movimiento histórico moderno’.

“Estas palabras del Manifiesto comunista, escritas en 1848, adquieren en nuestra época una proyección práctica y un contenido revolucionario de carácter mucho más amplio y general del que entonces tuvieron”.

(José Revueltas, Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, Era, México 1980, pp. 72-73)

“Lo que oficialmente se llamaba marxismo se convirtió en una capa para encubrir todo tipo de oportunismo, para rehuir consecuentemente la lucha de clases revolucionaria, para todo tipo de medidas a medias. Así, la Socialdemocracia y el movimiento obrero alemán, así como también el movimiento sindical fueron condenados a languidecer en el marco de la sociedad capitalista. Ya ningún socialista ni sindicalista alemán hacían el menor intento serio de derrocar las instituciones capitalistas ni descomponer la maquinaria capitalista”.

(Rosa Luxemburgo, 1919)



Capítulo I. Introducción

¡Ciento cincuenta años se dicen pocos! El *Manifiesto Comunista* redactado por los jóvenes Carlos Marx y Federico Engels⁶ cumplió 150 años de haber visto la luz en el turbulento mundo industrial.

Diversas organizaciones, entre ellas la Universidad Obrera de México, organizaron una jornada conmemorativa y unitaria que se realizó en el Zócalo de la Ciudad de México, donde un millar de personas, el 25 de febrero, celebraron los primeros 150 años de esa obra.

Encontramos en nuestros archivos empolvados, que el profesor de filosofía en la Universidad de Roma, Antonio Labriola (1824-1904) —quien fuera uno de los mejores conocedores y divulgadores del materialismo histórico en los países latinos— escribió un ensayo publicado en italiano y francés conmemorativo del cincuenta aniversario de la aparición del texto que ha recorrido el mundo.

Cuarenta años después, para conmemorar los 90 años, León Trotsky redactó una introducción para la edición en lengua Afrikaan, donde en pocas líneas dice que el texto: *desplegó más genio que ningún otro en la literatura mundial, nos asombra aún hoy por su frescura. Sus secciones más importantes parecen escritas ayer.*⁷

Y, como homenaje al centenario, el historiador alemán Herman Duncker —quien reeditó dicha obra en 1920 bajo los auspicios del Partido Comunista Alemán (PCA), formado por la gran Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht—⁸ preparó una serie de conferencia donde exclamó lleno de entusiasmo: *Para comenzar, quisiera decir lo siguiente: A mí me parece que el Manifiesto comunista, por su concisión y su grandioso contenido, es la obra más importante del marxismo-leninismo. Posiblemente podéis creer que yo exagero. Pero espero que cuanto vosotros, ahora y en el transcurso de vuestras vidas, leáis y estudiéis una y otra vez el Manifiesto, lleguéis a adquirir*

6 Carlos Marx y Federico Engels, alemanes, son los fundadores del socialismo científico o marxismo. Ahora ya existe una página web para consultar algo de sus obras: <http://www.marxist.org>

7 TROTSKY León, *Noventa años del Manifiesto Comunista*, en *La Era de la Revolución Permanente* (Antología), pp. 289-302.

8 Sobre la vida y obra de Rosa Luxemburgo (1871-1919), se puede consultar el folleto *Homenaje a la Rosa Roja*, ediciones ¡Unión!, México 5 de marzo de 1997. Existe una página web con obras de ella; <http://www.basque-red.net/cas/archivo/rosa/rosa1.htm>; la cineasta Margaret Von Trota le dedicó un interesante y apasionado film. Karl Liebknecht (1871-1919), hijo del socialista Wilhem Liebknecht (1826-1900), fue desde su juventud militante de la corriente de izquierda del Partido Socialdemócrata Alemán. Fue encarcelado por sus actividades antibélicas y por la edición de su libro *Militarismo y antimilitarismo*; fue diputado del Reichstag (parlamento alemán) y votó en contra de la aprobación de los créditos de guerra, que llevaron a Alemania a la I Guerra Mundial en 1914. Fue dirigente de la Liga Espartaco que dio origen al Partido Comunista Alemán; fue arrestado y asesinado junto con Rosa Luxemburgo durante la revolución alemana de 1919.

conciencia de lo que os quiero expresar: es decir, que el Manifiesto comunista es, como hasta ahora se ha venido designando, la partida del nacimiento del socialismo científico; que el Manifiesto comunista representa el programa del Partido comunista; que el Manifiesto comunista es el alegato político más importante de la humanidad. No conozco otro que tenga más fuerza e importancia que el Manifiesto.

Resumiendo, el obrero alemán dijo: *El Manifiesto se caracteriza por la magnitud de la meta que nos fija, por la cantidad y la profundidad de las ideas que en él se desarrollan, por la fuerza del estilo en que ellas han sido expresadas y, finalmente, por la repercusión universal que ha causado este alegato original.*⁹

Una situación, en muchos sentidos diferente, se presentó durante la conmemoración de los 150 años. Cuando Antonio Labriola redactó, lleno de entusiasmo sus líneas en 1898, los partidos socialdemócratas europeos llenaban sus locales con miles de trabajadores, recibían millones de votos, ocupaban importantes bancadas en los parlamentos, dirigían sindicatos de millones de miembros, contaban con teatros, clubes y, conservaban, todavía algo del heroísmo de los obreros que tomaron por asalto el cielo: la Comuna de París de 1871.

Por ello, Labriola redactó oraciones como la siguiente: *El Manifiesto se alza en esta calzada como una gran piedra miliar que ostenta una doble inscripción: en el anverso el cuño de la nueva doctrina que había que dar la vuelta al mundo, en el reverso la orientación acerca de las formas que enterraba, aunque sin trazar su historia.*¹⁰

Años después, Lenin, quien fuera uno de los principales dirigentes de la Revolución Soviética, anotó: *En esta obra (el Manifiesto) está trazada, con claridad y brillantez geniales, la nueva concepción del mundo: el materialismo consecuente, aplicado también al campo de la vida social; la dialéctica, como la doctrina más profunda y completa sobre el desarrollo; la teoría de la lucha de clases y del papel revolucionario histórico-universal del proletariado, creador de la nueva sociedad, de la sociedad comunista.*

La Revolución Bolchevique de 1917 había corroborado en largas batallas y, también con el triunfo de la guerra civil, el postulado del *Manifiesto*, de que la lucha de clases llevaría inevitablemente al proletariado al poder, aunque no como Marx y Engels lo previeron: la revolución obrera no triunfó en alguna de las “naciones más avanzadas”, industriales y modernas, sino en el país más atrasado de Europa: la Rusia de los Zares. Y, no lo hizo solo, sino en alianza con los campesinos pobres y los soldados revolucionarios.

9 DUNCKER Herman, *¿Cómo estudiar el manifiesto?*, Ediciones de Cultura Popular, México 1975, p. 97, las cursivas son nuestras a menos que indiquemos lo contrario.

10 Op., cit., p. 17.

Pero, en muchos otros sentidos la historia se había escrito diferente a lo trazado por los redactores del *Manifiesto*: La primera revolución socialista, dirigida y acaudillada por un partido de trabajadores e internacionalista (el Partido Bolchevique)¹¹ sucumbiría en 1990-1991, tras una larga serie de errores y deformaciones.

El planteamiento de Marx y Engels de *la conquista del poder político por el proletariado*, fue sustituido por el de la conquista del poder político por una casta, que por cierto, superó los 10 millones de personas según el cálculo aproximado del soviólogo polaco K. Karol¹².

Ciento cincuenta años después, la situación para conmemorar el cumpleaños del *Manifiesto* es adversa en muchos sentidos: la caída del Muro de Berlín en 1990, las *revoluciones en dominó* que barrieron con los gobiernos de Europa Oriental y la disolución de la República de los Soviets o, la proclamación de la “vía capitalista al socialismo” de los dirigentes comunistas chinos, aumentaron la de por sí ya crítica *crisis del marxismo* y, salvo un puñado de revolucionarios por el mundo reivindican hoy en día las ideas originales esbozadas Carlos Marx y Federico Engels.

Sin embargo, la situación mundial es *positiva* en otros sentidos: los proletarios europeos (los famosos batallones pesados de la clase obrera mundial) están desplegando movilizaciones importantes —como los motines en los suburbios parisinos y las movilizaciones en Alemania contra la plaga del desempleo— contra los efectos negativos de los planes capitalistas (la caída en picada de los salarios, la pelea por las 35 horas de trabajo, contra el desempleo), las huelgas generales latinoamericanas que han estremecido naciones como Ecuador, Argentina, Bolivia, República Dominicana, las luchas sociales en los cinco continentes como la aparición de nuevos movimientos al estilo del Movimiento Sin Tierra de Brasil (MST),¹³ el levantamiento indígena en Chiapas, México; las movilizaciones de millones de personas en varios continentes contra la guerra anunciada por George W. Bush contra Irak en el 2003; todas estas luchas que, aunque no levanten como bandera del socialismo, ni manden a reimprimir el *Manifiesto*, de hecho enfrentan al fantasma que recorre el mundo: el neoliberalismo capitalista. Batallas que siguen escribiendo *la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases*.

Y, siguen escribiéndola.

Capítulo II. La Época

11 Al respecto se puede consultar a BROUÉ Pierre, *El Partido Bolchevique*, Editorial Ayusco, Madrid.

12 KAROL K. *Un año de revolución en el país de los Soviets*, El País, Madrid.

13 Al respecto se puede consultar: <http://www.mst.otg.br>

Corría el año de 1847, cuando los jóvenes Marx y Engels (29 y 27 años respectivamente) fueron encargados por la *Liga Comunista* para exponer amplia y concretamente su nueva concepción del mundo y los objetivos específicos para cambiar el mundo. En febrero de ese mismo año, el *Manifiesto* fue enviado a Londres, Inglaterra, para su publicación *semanas antes* de que corriera como reguero de pólvora la revolución europea de 1848.

Esta obra consta de 25 páginas en octavo y fue impreso en Londres, en febrero de 1848 (algunas fuentes estiman que la edición constó de 1,000 ejemplares y que presentó fallas tipográficas). Antonio Labriola, narró en su ensayo citado que un ejemplar de esta obra se la debe a *la gran amabilidad de Engels*.

Desde el 3 de marzo de 1848, cuando el semanario *Deutsche Londoner Zeitung* empezó a reproducirlo, el texto de Marx y Engels, ha dado tantas vueltas al mundo como traducido a prácticamente todos los idiomas del orbe.

En aquellas fechas, la sede de la *Liga de los Comunistas* se ubicaba en Londres y, resultaba muy difícil, que en el país de origen de los autores fuese impreso un texto que le declaró la guerra al poder del capital. Como anotó Marx en una carta fechada dos años antes de redactar su célebre texto: *En cuanto a nuestro propio partido, además de ser pobre, una gran parte del Partido Comunista Alemán está enfadado conmigo porque me opongo a sus utopías y a sus declaraciones*.¹⁴

El 21 y 22 de febrero de 1848, la llama de la revolución se encendió en París, Francia. Antonio Labriola dijo que las circunstancias que hicieron nacer el texto comentado, fueron en *visperas de una revolución que se extendió desde París hasta Viena y desde Palermo hasta Berlín*”. Y, agregó: *Sólo de este modo podremos desentrañar la tendencia progresiva hacia el socialismo que se está gestando bajo la forma social de los tiempos presentes, y demostrar lógicamente, por su razón de ser actual, la hipotética necesidad de su triunfo*.¹⁵

La revolución europea de 1848 no fue *un rayo sobre cielo sereno*. Desde 1815 (los años considerados como de la *Restauración*) sucedieron oleadas de estallidos revolucionarios en el viejo continente: 1820, 1830 y 1848-1852. La crisis industrial de 1847, como diría Engels *prepara la revolución de 1848*.¹⁶ Años después la flama revolucionaria se volvería a encender: cuando el 18 de marzo de 1871, los obreros franceses proclamaron la *Comuna de París*.

Sin embargo, la aparición política independiente

14 Carta de Carlos Marx a Pavel Vasilievich Annenkov, Bruselas, 28-12-1846, en *Obras Escogidas* de Marx y Engels, tomo I, p. 542, Editorial Progreso, Moscú 1976.

15 DUNCKER Herman, *¿Cómo...*, p. 12

16 ENGELS, *Contribución a la Historia*, p. 199.

como clase del proletariado en esa época de dominio capitalista y destrucción de los últimos vestigios del orden feudal fue de carácter esporádico y, es hasta octubre de 1917, cuando el proletariado en alianza con los campesinos pobres tomó el poder, constituyendo la primera revolución obrera y socialista triunfante, convirtiéndose así el proletariado en un *sujeto histórico y social* o como diría Ricardo Flores Magón: *propulsores conscientes del cambio de la sociedad y del mundo*.¹⁷

Un socialista latinoamericano, Nahuel Moreno, escribió: *Antes de los años ochenta del siglo pasado el proletariado sólo apareció en la escena histórica en forma esporádica, en momentos cruciales como la revolución de 1848 y en la organización de la Primera Internacional, que culminó con la Comuna de París. Pero es apenas durante las tres últimas décadas del siglo XIX que el proletariado con sus aliados, los pueblos, sectores oprimidos, pasa a ocupar el lugar del principal protagonista del proceso histórico. Durante el presente siglo no ha dejado de luchar ni por un minuto contra los explotadores, específicamente contra el capitalismo y el imperialismo*.¹⁸

Entre los meses de febrero y mayo de 1848, subió la marea y la efervescencia violenta por toda Europa: en Francia cayó el rey Luis Felipe¹⁹ y, en marzo del mismo año, fue destituido del poder Metternich en Austria. En las ciudades de Milán, Venecia y Berlín sucedieron estallidos violentos. En mayo, la Asamblea Constituyente se reunió en Francfort, Alemania.

Los obreros sublevados de París fueron reprimidos violentamente el 13 de junio, mientras que la Viena Insurrecta fue bombardeada y ocupada por las tropas militares que sofocaron la rebelión.

De esta derrotada parisina salió, de sus escombros el príncipe Luis Bonaparte, siendo electo por la Asamblea Nacional como presidente de la II República Francesa. El gran narrador inglés E. H. Carr (1892-1982) describió esos momentos:

Lo peor se hallaba en reserva. El 23 de junio volvieron a estallar motines en París. El gobierno decidió encargarse totalmente del asunto. La Asamblea (Nacional), obediente, proclamó la ley marcial, disolvió los Talleres Nacionales, que habían sido constituidos tras la revolución, y dio plenos poderes al general Cavaignac para restablecer el orden. Durante tres días se combatió en las calles (...) Al día siguiente cesaron las luchas. El Faubourg Saint-Antonie, donde la resistencia había sido más prolongada, estaba en medio ruinas (...) varios millares de proletarios que

escaparon a la ejecución fueron condenados a destierro por haber participado en la insurrección. París, bajo Cavaignac, pareció a Herzen mucho peor que Petersburgo bajo Nicolás I, y declaró que los cosacos y los croatas resultaban 'mansos corderos' en comparación con la bourgeoisie Guardia Nacional francesa.²⁰

Sin embargo, esta experiencia —donde Marx y Engels pelearon al lado de los obreros alemanes insurrectos— mostró una clase obrera moderna, como un primer ensayo del futuro *sujeto histórico y social* (*propulsor consciente*) capaz de desafiar el poder de los capitalistas y sus gobiernos. Muchos años después, Engels recordaría esos años como una *gloriosa etapa juvenil del movimiento obrero internacional*.²¹

Cuenta Engels que: *El movimiento obrero internacional de hoy es, en el fondo, la continuación directa del movimiento obrero alemán de entonces, que fue, en general, el primer movimiento obrero internacional y del que salieron muchos de los hombres que habían de ocupar puesto dirigentes en la Asociación Internacional de los Trabajadores. Y los principios teóricos que la Liga de los Comunistas inscribió en sus banderas con el Manifiesto Comunista, en 1847, son hoy el vínculo internacional más fuerte que une todo el movimiento proletario de Europa y América*.²²

Para la edición del *Manifiesto* en 1872, en su prefacio Carlos y Federico, escribieron que ya no tenían derecho a modificar lo escrito, puesto que se había convertido en un documento histórico. Y, también, en un documento para la historia del movimiento obrero mundial.

El encuentro de Marx y Engels y la redacción del Manifiesto

Engels narró: *Cuando visité a Marx en París, en el verano de 1844, se puso de manifiesto nuestro completo acuerdo en todos los terrenos teóricos, y de allí data nuestra colaboración. Cuando volvimos a reunirnos en Bruselas, en la primavera de 1845, Marx, partiendo de los principios básicos arriba mencionados, había desarrollado ya, en líneas generales, su teoría materialista de la historia, y nos pusimos a elaborar en detalle y en las más diversas direcciones la nueva concepción descubierta*.²³

Esa colaboración como se sabe, dio como resultado obras magistrales como *La Ideología Alemana*, *Miseria de la Filosofía* y después el *Manifiesto Comunista*. Por su parte, Engels había escrito su ensayo sobre *La Situación de la Clase Obrera en Inglaterra* y, Marx, su *Tesis sobre*

17 MAGÓN Flores Ricardo, *Regeneración*, N° 1, Época IV, 3 de septiembre de 1910, editorial Era, México 1977, p. 230.

18 MORENO Nahuel, *Tesis sobre las Revoluciones del siglo XX*. Actualización del Programa de Transición, ediciones ¡Unión!, México 1997, p. 13.

19 Luis Felipe (1773-1850), rey de Francia: paradójicamente fue coronado luego de la revolución de 1830 y descoronado por la revolución de febrero de 1848.

20 CARR Edward Hallett, *Los exiliados románticos* (Bakunin, Herzen, Orgarev), Editorial Anagrama, España 1985, p. 48.

21 ENGELS Federico, *Contribución a la Historia de la Liga de los Comunistas*, 8-10-1885 en *Obras Escogidas*, Tomo III, p. 185.

22 Engels, *Contribución...*, op. cit. p. 185.

23 Ídem, p. 190.

Fuerbach, donde concluyó con la siguiente máxima:

Los filósofos no han hecho más que interpretar al mundo de diversas formas, pero lo que se trata es de transformarlo.

Respecto de la incorporación de Marx y Engels a la Liga de los Justicieros —nombre previo de la Liga de los Comunistas—, Engels escribió:

Resumiendo, en la primavera de 1847 se presentó Moll²⁴ en Bruselas a visitar a Marx, y en seguida en París a visitarme a mí, para invitarnos nuevamente, en nombre de sus camaradas, a ingresar a la Liga. Nos dijo que estaban convencidos, tanto de la justeza general de nuestra concepción, como de la necesidad de librar a la Liga de las viejas tradiciones y formas conspirativas. Que si queríamos ingresar, se nos daría ocasión, en un congreso de la Liga, para desarrollar nuestro comunismo crítico en un manifiesto, que luego se publicaría como manifiesto de la Liga; y que nosotros podríamos contribuir también a sustituir la organización anticuada de la Liga por otra nueva, más adecuada a los tiempos y a los fines perseguidos.²⁵

El relato apasionante continua: *El segundo congreso (de la Liga de los Comunistas) se celebró a fines de noviembre y comienzos del mismo año (1847). A este Congreso asistió también Marx, que defendió en un largo debate —el congreso duró, por lo menos, diez días— la nueva teoría. Por fin, todas las objeciones y dudas quedaron despejadas, los nuevos principios fueron aprobados por unanimidad y Marx y yo recibimos el encargo de redactar el manifiesto. Así lo hicimos, inmediatamente. Pocas semanas antes de la revolución de febrero, enviamos el Manifiesto a Londres, para su impresión. Desde entonces ha dado vuelta al mundo, está traducido a casi todos los idiomas y sirve todavía hoy como guía del movimiento proletario, en los más diversos países. La vieja divisa de la Liga: 'Todos los hombres son hermanos', fue sustituido por el nuevo grito de guerra: '¡Proletarios de todos los países, uníos!', que proclama abiertamente el carácter internacional de la lucha. Diez y siete años después, la nueva divisa resonaba en el mundo entero como el grito de batalla de la Asociación Internacional de los Trabajadores, y hoy aparece inscrito en las banderas del proletariado militante de todos los países.²⁶*

El historiador H. E. Carr, también dejó anotado que, en 1847 al celebrarse dos conferencias internacionales obreras en Londres, en la segunda conferencia, los jóvenes Carlos y Federico leyeron su Manifiesto.

La revolución frustrada de julio de 1830, severamente golpeada por los príncipes alemanes y, rematada por los prusianos, gestó una oleada de inmigración alemana por Europa, especialmente a Suiza, Francia e Inglaterra. Al seno de dicha emigración, artesanos y obreros, formaron la Liga de los Justos, luego

de una escisión de la Liga de los Conscriptos (organización democrática pero conspirativa). Esos pioneros, creaban a su paso por las ciudades europeas, las llamadas comunas, en realidad células de activistas, cuyos refugios más importantes se ubicaron en Londres, Ginebra y París.

Pero, en cada centro recibían distintas influencias de la época: en París, donde residía el Buró Central, los socialistas utópicos y las ideas de Fourier y Cabet eran muy aceptados; en Suiza, un sastre autodidacta de nombre Weitling, mantenía una hegemonía con sus ideas comunitarias más que comunistas; en Londres, donde se ubicaba el centro industrial por excelencia, las ideas obreristas y comunistas florecieron con mayor fuerza. Engels recordaría años más tarde, al conocer a los tres principales dirigentes de la Liga, Karl Schapper, obrero tipográfico; Henri Bauer, coordinador y Joseph Moll, relojero, escribió:

Eran los primeros proletarios revolucionarios que yo hubiese visto. Y aunque sobre cuestiones de detalle hubo entonces grandes divergencias entre nuestras ideas —a su comunismo igualitario limitado, yo oponía todavía una buena parte de orgullo filosófico no menos limitado—, no olvidaré jamás la impresión imponente que esos tres verdaderos hombres dejaron en mí, que recién me estaba haciendo hombre.²⁷

La directiva de la Liga, apresuró a Marx a terminar la redacción del texto programático: *Por la presente, el Comité Central encarga al Comité Regional de Bruselas comunicar al ciudadano Marx que si el manifiesto del partido comunista, cuya colaboración él asumió en el último congreso, no llega a Londres el 1° de febrero del corriente año (1848), en consecuencia serán tomadas medidas contra él.²⁸*

La historia que continúa es bien conocida: *Estalló la revolución de febrero. El Comité Central de Londres transfirió inmediatamente sus poderes al círculo directivo de Bruselas. Pero este acuerdo llegó en el momento en que Bruselas se hallaba ya, de hecho, en estado de sitio y cuando sobre todo los alemanes no podían ya reunirse en parte alguna. Como todos estábamos a punto de trasladarnos a París, el nuevo Comité Central acordó, a su vez, disolverse, transfiriendo todos sus poderes a Marx y autorizándole para constituir inmediatamente, en París, un nuevo Comité Central. Apenas se habían separado las cinco personas que tomaron este acuerdo (era el 3 de marzo de 1848), cuando la policía irrumpió en la casa de Marx, deteniéndole y obligándole a salir al día siguiente para Francia, viaje que precisamente se disponía a emprender.²⁹*

²⁴ Joseph Moll, entonces dirigente de la Liga de los Justicieros.

²⁵ Ídem, p. 193.

²⁶ Ídem., p. 194.

²⁷ Citado por Michel Guillaume en su artículo *La teoría al servicio de la práctica*, en Correspondencia Internacional 3-4, revista de ¡Unión!, abril-junio 1998, p. 39.

²⁸ Ídem, p. 41-42.

²⁹ Engels, *Contribución...*, op. cit. p. 194.

Y, todos se volvieron a reunir de nuevo en París, constituyendo un Comité Central formado por: Karl Marx, Karl Schapper, Henri Bauer, Joseph Moll, W. Wolff y Federico Engels.

Engels recordaría con cariño la historia de la Liga, a la que consideró que *había sido una excelente escuela de actuación revolucionaria*.³⁰ Su narración concluyó con un balance: *Las doctrinas sostenidas por la Liga desde 1847 hasta 1852 y que entonces podían ser tratadas despectivamente por los sabios filisteos, como quimeras salidas de unas cuantas cabezas locas y exaltadas, como doctrinas misteriosas de algunos sectarios sueltos, cuentan hoy con innumerables partidarios en todos los países civilizados del mundo desde los condenados de las minas de Siberia, hasta los buscadores de oro de California; y el fundador de esta teoría, el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo, Carlos Marx, era, cuando murió, el consejero siempre solicitado y siempre dispuesto del proletariado de ambos mundos*.³¹

El Manifiesto no fue solamente una obra personal de Marx y Engels, sino también la expresión de *la conciencia de clase alcanzada por el desarrollo del movimiento obrero internacional* en esa época que acabamos de reseñar.

Como nos recordara Labriola: *Obra de dos alemanes, no es, ni por forma ni por contenido, expresión de un modo de ver personal*,³² ... *sino la doctrina de un partido, cuyo espíritu, finalidad y actuación constituían ya los de la Internacional de los trabajadores*.³³

El marxismo es, ante todo, un movimiento surgido de la clase obrera moderna a fines del siglo XIX, con un carácter internacional, abierto y no dogmático, que incorporó la ciencia, la teoría y el partido político de los trabajadores como la estructura de su propio edificio: como una guía para la acción y para conducir la lucha por la sociedad sin clases, la sociedad comunista.

Mucho tiempo después, Lenin desarrolló una síntesis del marxismo, escribiendo que éste movimiento está compuesto por tres partes y tres fuentes integrantes:

1. La dialéctica materialista
2. La economía política inglesa y
3. El socialismo francés.

Sus tres fuentes fueron desarrolladas y potenciadas por Marx y Engels, constituyendo toda una nueva concepción del mundo, la misma que revolucionó la forma de pensar del siglo XIX, sentando las bases para que el futuro del movimiento obrero internacional tuviera una perspectiva basada en el devenir histórico.

Con el Manifiesto, la clase obrera tuvo una valiosa

herramienta para potenciar, desarrollar y conducir su lucha.

Como señaló el marxista belga, Ernest Mandel: *El manifiesto comunista representa, por tanto, una forma superior de la conciencia de clase proletaria. Enseña a la clase obrera que la sociedad socialista será el producto de su lucha de clase contra la burguesía. Le enseña también la necesidad de no luchar solamente por aumentos salariales, sino también por la abolición del régimen salarial. Le enseña, sobre todo, la necesidad de formar partidos obreros independientes, completar su acción de reivindicaciones económicas con una acción política en el plano nacional e internacional*.³⁴

Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico

Marx y Engels, hombres cultos y cultivadores de los más importantes avances en el terreno de la filosofía alemana de Hegel,³⁵ la economía política inglesa y el socialismo francés del siglo XIX, desarrollaron de manera magistral la nueva concepción del mundo basado en el materialismo histórico y la dialéctica materialista; sin embargo, esos hombres también fueron producto de su época: la clase obrera moderna constituyó la principal clase social de la sociedad capitalista europea, en Alemania que venía con retraso, los obreros iban en aumento como señala el historiador Jacques Droz.³⁶

Ni Marx y Engels descubrieron la lucha de clases, lo que descubrieron fue, que esa lucha de clases llevaba en su desarrollo histórico a que la clase obrera se conformara en el nuevo poder, que ellos denominaron la "Dictadura del Proletariado" o el gobierno de los trabajadores.

Con el Manifiesto las luchas obreras espontáneas, las teorías conspirativas de los primeros comunistas y los intentos vanos de construir utópicamente el socialismo quedaron atrás. Según Mandel: *Las primeras formas de acción política obrera se sitúan a la extrema izquierda del radicalismo pequeñoburgués. En la revolución francesa, a la extrema izquierda de los jacobinos a aparece la (La Conjura de los Iguales) Conspiracy des Egaux, de*

34 MANDEL Ernest, *Principios Básicos para el Estudio del Marxismo*, Editor 904, Buenos Aires, Argentina, 1974, p. 63.

35 Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), filósofo alemán, nació en Stuttgart, el 27 de agosto de 1770. Desarrolló la dialéctica como método del pensamiento y fue uno de los grandes pensadores idealistas.

36 DROZ Jaques, *Les révolutions allemandes de 1848*, PUF, 1957, pp. 83-84, citado por Fernando Claudin. Los obreros de fábrica constituían en esa época en los países menos desarrollados de Europa el 4% de la población total de Alemania. En Prusia había, en 1846: 551 mil obreros de fábrica, distribuidos en 78 mil empresas; 457 mil maestros artesanos y 385 mil oficiales-artesanos. En Sajonia, 258 mil obreros de fábrica, y en Baviera 177 mil. Eran contadas las fábricas con más de 100 obreros. Es decir, los obreros de fábrica siendo una minoría de la sociedad iban en ascenso en esas naciones menos desarrolladas industrialmente.

30 Ídem, p. 197.

31 Ídem, p. 202.

32 LABRIOLA Antonio, *El Manifiesto Comunista de Marx y Engels*, en *El comunismo científico en el Manifiesto comunista*, Roca, colección R, México 1973, p. 20.

33 Ídem, p. 22.

Gracchus Babeuf,³⁷ que representaba el primer movimiento político moderno que apunta a la colectivización de los medios de producción.

En Inglaterra, en la misma época, unos cuantos obreros forman la London Corresponding Society que pretende organizar un movimiento de solidaridad con la revolución francesa. Esta organización fue destruida por la represión policiaca. Pero inmediatamente después de que acabaran las guerras napoleónicas, a la extrema izquierda del partido radical (pequeñoburgués) se crea en la región industrial de Manchester-Liverpool una liga del sufragio universal, formada en su mayor parte por obreros. Después de los sangrientos incidentes de Peterloo en 1817, se aceleró la separación del movimiento obrero independiente del movimiento pequeñoburgués, favoreciéndose con ello el nacimiento del partido cartista³⁸ que tuvo lugar poco tiempo después, y que fue el primer partido esencialmente obrero que reclamó el sufragio universal.

Como podemos observar, estos movimientos fueron dirigidos esencialmente por los propios obreros “autodidactas”, que a menudo formulaban ideas ingenuas sobre asuntos históricos, económicos y sociales que exigían estudios científicos y sólidos para ser tratados a fondo.

Con la aparición del Manifiesto, se cierra esta etapa “juvenil” del movimiento obrero y de los pensadores utópicos: Tomás Moro (canciller inglés del siglo XVI), Campanella (autor italiano del siglo XVII), Robert Owen, Charles Fourier y Saint-Simon (autores de los siglos XVIII y XIX).³⁹ El comunismo conspirativo fue sustituido por un comunismo científico, el movimiento obrero reivindicativo o economicista ahora tendría una meta histórica, que no solo liberaría a los proletarios de la explotación, sino a la humanidad en su conjunto. Como señaló Engels: *Ahora, el comunismo de los franceses y de los alemanes y el cartismo de los ingleses ya no aparecían como algo casual, que lo mismo habría podido no existir, sino como un movimiento de la nueva clase oprimida, del proletariado, como formas más o menos desarrolladas de su lucha históricamente necesaria contra la clase dominante, contra la burguesía y, rematando la idea escribió: Ahora, el comunismo ya no consistía en extraer de la fantasía un ideal de la sociedad lo más perfecto posible, sino en comprender el carácter, las condiciones y, como*

37 La *Conjura de los Iguales* de Francois Noël Babeuf (1760-1797), antecesor del socialismo francés, construyó su *Conjura* en plena época de reacción (Gobierno del Directorio) y murió en la guillotina. Puede consultarse, el Folleto 2, de esta serie.

38 El *Cartismo* fue un importante movimiento de masas en Inglaterra, iniciado en 1838 y culminando en 1850. Su nombre viene de su programa (*Carta*) elaborado por la Asociación Obrera Londinense, que demandaba el sufragio universal y otras reformas políticas democráticas. Al respecto puede consultarse el Folleto No. 2 de esta serie.

39 MANDEL, *Principios...*, p. 64. Diversos son los textos y proyectos de sociedad igualitaria: Utopía de Thomas Moro (inglés), La Ciudad del Sol de Campanella (italiano), El Testamento de Jean Meslier y El Código de la Naturaleza de Morelly (francés).

consecuencia de ello, los objetivos generales de la lucha librada por el proletariado.⁴⁰

Capítulo III. El contenido del Manifiesto

Anotó Antonio Labriola: *El nervio, la sustancia, el carácter decisivo de esta obra —el Manifiesto— residen íntegramente en la nueva concepción histórica que la anima y que, en parte, el propio Manifiesto analiza y desarrolla. Gracias a esta nueva concepción, el comunismo deja de ser una esperanza, un anhelo, un recuerdo, una hipótesis, una huida, y por primera vez encuentra adecuada expresión en la conciencia de la necesidad, es decir, en la conciencia de que en él se halla la meta y solución de las modernas luchas de clases. Estas luchas, que cambian según los lugares y los tiempos y sobre las que se desenvuelve la historia, se reducen todas, en nuestros días, a una sola: la lucha entre la burguesía capitalista y los obreros, sujetos a un proceso inevitable de proletarización. El Manifiesto traza la historia de los orígenes de esta lucha, determina el ritmo de su desarrollo y predice su resultado final.*⁴¹

El Manifiesto nos da, con su clásica sencillez, la expresión auténtica de esta situación: el proletariado moderno es, nace, crece y se desarrolla a lo largo de la historia contemporánea como el sujeto concreto, la fuerza positiva cuya acción revolucionaria necesaria tiene forzosamente que encontrar su necesaria meta en el comunismo.⁴²

La teoría de la lucha de clases versus la conciliación de clases

La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días, es decir, la historia escrita, es la historia de la lucha de clases. Este postulado fue el principio de partida del Manifiesto y constituyó toda una teoría del desarrollo de las sociedades desde la rudimentaria comunidad primitiva hasta nuestros días, de dominio del capitalismo.

Años después, Federico Engels redactó una nota fundamental: *Aunque el ‘Manifiesto’ es nuestra obra común, considérome obligado a señalar que la tesis fundamental, el núcleo del mismo pertenece a Marx. Esta tesis firma que en cada época histórica el modo predominante de producción económica y cambio y la organización social que de él se deriva necesariamente forman la base sobre la cual se levanta y la única que*

40 CLAUDÍN Fernando, *Marx, Engels y la Revolución de 1848*, Siglo XXI editores, España 1975, p. 1.

41 LABRIOLA, *El Manifiesto...*, p. 17.

42 Ídem, p. 19.

explica la historia política e intelectual de dicha época; que, por tanto (después de la disolución de la sociedad gentilicia primitiva con su propiedad comunal de la tierra), toda la historia de la humanidad ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre explotadores y explotados, entre clases dominantes y clases oprimidas; que la historia de esas luchas de clases es una serie de evoluciones, que ha alcanzado en el presente un grado tal de desarrollo en que la clase explotada y oprimida —el proletariado— no puede ya emanciparse del yugo de la clase explotadora y dominante —la burguesía— sin emancipar al mismo tiempo, y para siempre, a toda la sociedad de toda explotación, opresión, división en clases y lucha de clases.⁴³

Ciento cincuenta años de historia, desde las revoluciones de 1848-1852 en Europa hasta nuestros días, confirman plenamente esa teoría de la lucha de clases: 150 años de levantamientos, revoluciones, revueltas de las clases dominadas contra sus dominadores.

La lucha de clases sigue vivita y coleando durante el presente siglo que agoniza. Nahuel Moreno señaló, por ejemplo: *Durante el presente siglo no ha dejado de luchar (el proletariado y el movimiento de masas) ni por un minuto contra el capitalismo y el imperialismo. Gracias a sus luchas, el proletariado y los trabajadores lograron conquistas mínimas fundamentales como las grandes organizaciones sindicales, los partidos obreros, los derechos sociales y, a partir de la Revolución de Octubre (noviembre de 1917), especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, conquistas revolucionarias como la expropiación de la burguesía en numerosos países a los que transformaron en estados obreros.*

A su vez, los aliados del proletariado —los pueblos atrasados, las nacionalidades oprimidas, los campesinos, las razas y sectores oprimidos— lograron también grandes conquistas. Por ejemplo, casi todas las colonias de los viejos imperios han obtenido su independencia política; los campesinos de muchos países atrasados consiguieron una mayor participación en la tenencia de la tierra; el pueblo vietnamita hizo sufrir su primera derrota militar al imperialismo norteamericano; las mujeres obtuvieron el derecho de voto, al aborto y al divorcio; en muchos países también se expropió de raíz a los terratenientes; los negros de Estados Unidos avanzaron considerablemente en su lucha contra la discriminación, etcétera.

Esta lucha de más de un siglo de la clase obrera mundial contra el imperialismo está dividida en dos épocas claramente delimitadas por la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Hasta la primera Guerra Mundial el proletariado logró conquistas tras conquistas, pero dentro del régimen capitalista e imperialista, sin cuestionarlo y sin plantearse la toma revolucionaria del poder. Es la época

reformista. A partir del año 1914 y de la Revolución Rusa (1917), se abre la época que hoy vivimos, de crisis y decadencia crónica del imperialismo y el capitalismo y de enfrentamiento de la revolución con la contrarrevolución mundial. Es la época de la revolución socialista internacional.⁴⁴

Ciento cincuenta años de lucha de clases dieron en muchos aspectos el triunfo teórico a los redactores del Manifiesto sobre aquellas teorías que abstraen la lucha de los trabajadores como motor de la actual sociedad y, a la lucha de clases en la historia, como motor del devenir de las sociedades.

La caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS, aparentemente demostró el “triunfo del capitalismo sobre el comunismo”, de la teoría capitalista sobre la teoría del movimiento obrero internacional. Tomó, entonces, fuerza la teoría neoliberal que ordenó privatizar las economías, abriendo de par en par las puertas al dominio de los mercados globalizados. Este “triunfo” efímero, alentado por el triunfo militar de Estados Unidos y la ONU en la “Guerra del Golfo” contra Irak, rápidamente mostró que tenía pies de barro: el modelo neoliberal, llevó al extremo las contradicciones entre las clases, entre las naciones, entre los sacadólares y las monedas nacionales y, gestó de sus propias entrañas, lo que ahora podemos denominar como la *globalización de las luchas* por todo los cinco continentes: cada minuto estalla un conflicto, grandes huelgas generales, rebeliones o motines, movilizaciones y protestas, surgen nuevos movimientos sociales y desenmascaran al capitalismo neoliberal: la sed de ganancia es el motor de sus inversiones, la misma que provoca desempleo, hambre, miseria y desnutrición.

El neoliberalismo capitalista llevó al máximo en los últimos veinte años la polarización entre las clases: 350 archimillonarios y más de 2 mil millones de pobres. Mientras esta tendencia rapaz continúe, el Manifiesto estará vigente en su postulado de que *la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases.*

¿Lucha de clases o conciliación entre las clases?

Las ideas de conciliación entre los trabajadores y los capitalistas no son nuevas. Quizá, el primer gran debate organizado al respecto, se dio en el Convención Cartista de 1838, reunida en la ciudad de Londres, Gran Bretaña, el 4 de febrero; ahí, dos bandos debatieron sobre el alcance y el carácter del movimiento: el encabezado por William Lovett y por Francis Place (Partido de la Fuerza Moral) que proponía unir fuerzas con la burguesía y la utilización de métodos pacíficos

43 Prefacio a la edición inglesa del Manifiesto en 1888.

44 MORENO, *Tesis sobre las Revoluciones...*, op. cit. p. 18.

para conseguir las peticiones de la “Carta”. Él decía: “No son los fusiles lo que necesitamos, sino la educación”.

El otro bando, el Partido de la Fuerza Física, representada por el irlandés O’Connor, que declaraba: “No creáis a quienes aseguran que la burguesía y la clase obrera tienen los mismos intereses. Eso es un vil engaño. No hay abismo mayor entre el infierno y el cielo, ni antagonismo mayor entre el fuego y el agua que el que separa los intereses de la burguesía y los de las clases productoras”.

Esos debates se dieron antes de la aparición del *Manifiesto*. Tras la muerte de Marx y Engels, surgieron nuevas discusiones sobre la conciliación de clases o la luchas de clases.

El teórico predilecto del Partido Bolchevique (ruso), Nicolás Bujarin,⁴⁵ periodizó de manera interesante 3 grandes fases del desarrollo del marxismo:

La primera: la clásica, de los fundares Marx y Engels;

La segunda: la Socialdemocracia europea con su subsecuente degeneración revisionista y

La tercera: el “leninismo” que guió en forma triunfante la primera revolución obrera y campesina.

Una cuarta fase, agregamos nosotros, fue desarrollada tras el triunfo de la Revolución Rusa y, en la posguerra, mediante los debates sobre los errores y desviaciones del llamado “campo soviético”. Y, una quinta fase, se experimenta incipientemente, con una reorganización de las fuerzas de izquierda por todo el mundo.

La deformación Socialdemócrata

Los grandes partidos socialdemócratas europeos, cambiaron el postulado del *Manifiesto* de la lucha de clases por el de la conciliación y colaboración entre las clases, pero sobre todo, con sus propios regímenes imperialistas europeos. Así, lo demostró la aprobación de los créditos de guerra por parte de la Socialdemocracia alemana en la víspera de la Primera Guerra Mundial de 1914.

La extraordinaria mujer y marxista que fue Rosa Luxemburgo, dijo, indignada al respecto: *El cuatro de agosto (de 1914) no surgió de la nada, como un trueno en cielo azul; lo que sucedió ese día no fue un giro casual de los acontecimientos, sino la consecuencia lógica de lo que los socialistas alemanes veían haciendo día tras días, durante muchos años. Estoy convencida de que si Marx y Engels vivieran hoy protestarían con todo vigor, y utilizarían todas las fuerzas a su alcance para impedir que el partido se*

45 BUJARIN Nicolás, *Lenin Marxista*, editorial Fontamara, Barcelona 1977, p.11.

*arroje al abismo.*⁴⁶

Los dirigentes socialdemócratas europeos se encontraron en distintas trincheras en esa conflagración mundial, cada uno apoyando a su nación y los intereses expansionistas de sus propias burguesías imperiales; con ello, rompieron la solidaridad de la clase obrera europea que venía trabajando en esa dirección desde la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores (I Internacional).

Rosa, adelantándose a los marxistas de su época, caracterizó que los partidos socialdemócratas habían protagonizado un *día negro*, ese 14 de agosto de 1914, cuando apoyaron iniciar la conflagración mundial.

Un puñado de socialistas de izquierda, entre ellos la propia Rosa, Carlos Liebknecht, Lenin y los Bolcheviques, resistieron la presión de la *onda patriótica* y mantuvieron en alto la bandera del *Manifiesto*: los trabajadores no tienen patria.

La Revolución Bolchevique de 1917, volvió a poner las cosas en su lugar: los obreros de San Petersburgo y Moscú, agrupados en los Consejos (Soviets), junto a los campesinos pobres y los soldados revolucionarios tomaron el poder e iniciaron una nueva época de la humanidad: la época de la revolución socialista internacional.

Construyeron la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y la III Internacional o Internacional Comunista,⁴⁷ refrescando los postulados del *Manifiesto* y, mostrando *de facto*, que los obreros y campesinos pueden conducir las riendas de una nación tan vasta y extensa como la hoy extinta URSS.

El historiador por excelencia de la Revolución Bolchevique, E. H. Carr definió a esa revolución: *como el mayor acontecimiento del siglo XX*. Y, escribió que: *Representó el primer desafío abierto al sistema capitalista, que había alcanzado su cenit en Europa a fines del siglo XIX.*⁴⁸

Sin embargo, un nuevo debate sobre las principales ideas del *Manifiesto* se daría en las filas mismas de la Revolución Bolchevique, mismas que terminarían de manera trágica con fusilamientos masivos, ejecuciones, y los “juicios de Moscú. Bujarin, Kamenev y Zinoviev, fueron ejecutados y sus nombres borrados de la historia, décadas después fueron *rehabilitados*. Otros, como León Trotsky, quien fuera dirigente del *Ejército Rojo* durante la guerra civil, fue exiliado y, posteriormente, asesinado en Coyoacán, México.

Bujarin, según Lenin fue uno de los jóvenes más

46 LUXEMBURGO Rosa, *Discurso ante el Congreso de Fundación del Partido Comunista Alemán*, Obras Escogidas, Tomo II, Editorial Pluma, Colombia, 1976, p. 236.

47 Sobre la III Internacional, puede consultarse el Folleto 5 de esta colección.

48 CARR H. E., *La Revolución Rusa, de Lenin a Stalin 1917-1929*, Alianza Editorial, México, 1986, p. 11.

capaces del Partido Bolchevique. Durante el último informe —que rindió Bujarin— al VI Congreso de la Internacional Comunista, criticó la “deformación burocrática que vivía no solo la Tercera Internacional, también los Partidos Comunistas y la propia URSS.”⁴⁹

Fue muy discutida la construcción del Muro de Berlín, las invasiones del *Ejército Rojo* en Berlín (1953), Hungría (1956), en Praga (1968), el apoyo soviético al golpe militar del general Jaruzelski en Polonia (1980), y la posterior invasión Soviética a Afganistán (que duró una década), así como la pesadilla de la familia Ceausescu en Rumania (que durante el levantamiento del pueblo fueron fusilados). El régimen del general Pol Pot en Kampuchea, horrorizó al movimiento obrero internacional por sus crímenes. Para colmo, el Ejército Chino invadió a la heroica Vietnam en 1979.

Nada de lo realizado por Pol Pot o la familia Ceausescu, se podrá encontrar justificado ni en una sola frase por el *Manifiesto Comunista*, que resumió sus anhelos como: *La liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos*. Nunca Marx y Engels dijeron que los revolucionarios invadieran a países o como el caso de Vietnam, que durante décadas combatieron la invasión de una nación todo poderosa como Estados Unidos.

Para los jóvenes Marx y Engels: *la historia de esas luchas de clases es una serie de evoluciones, que ha alcanzado en el presente un grado tal de desarrollo en que la clase explotada y oprimida —el proletariado— no puede ya emanciparse del yugo de la clase explotadora y dominante —la burguesía— sin emancipar al mismo tiempo, y para siempre, a toda la sociedad de toda explotación, opresión, división en clases y lucha de clases.*

Es decir, Marx y Engels murieron soñando con la lucha proletaria que, al mismo tiempo, y para siempre, liberaría a toda la sociedad, limpiándola de toda explotación, división en clases y lucha de clases.

La conciliación de clases en tiempos neoliberales

James Petras escribe: *Hoy está presente la misma dualidad de perspectivas que en los tiempos del Che; únicamente han cambiado los nombres y el lenguaje. Los ideólogos de hoy de centro izquierda argumentan que en esta etapa del capitalismo global, la opción es entre variedades muy diferentes de capitalismo: neoliberalismo (variedad retrógrada) o capitalismo asistencialista (variedad progresiva). Junto con su acomodamiento al capitalismo, argumentan que las tareas actuales de la izquierda giran al rededor de ‘modernizar’ el estado y ‘descentralizar’ el gobierno. Detrás de estas formulaciones generales se*

49 BUJARIN Nicolás, *Informe al VI Congreso de la Internacional Comunista*, Ediciones de PyP, Segunda Parte.

*encuentra la noción de que la revolución social es imposible (debido a la globalización, un mantra evocado en la ausencia de poder cerebral), o de que queda pendiente para un futuro distante.*⁵⁰

Compárese, las siguientes frases y consejos de Sergio Ramírez, ex vicepresidente de Nicaragua y militante distinguido del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN): “La revolución Sandinista fue la última revolución triunfante de este siglo. *No habrá en adelante, otra manera de conquistar el poder sino a través de las elecciones; y la novedad de la propuesta del movimiento Zapatista en México es precisamente, que no se propone la toma del poder, sino abrir espacios democráticos de participación. El último movimiento de la izquierda armada que ha nacido este siglo, propone, desde las armas, el diálogo. Una paradoja creativa.*”⁵¹

El ex presidente ruso, Boris Yelsin, se convirtió en un entusiasta privatizador de los bienes estatales de la economía rusa, criticó a la Revolución Bolchevique en su LXXX aniversario como “un grave error que dividió a Rusia.”⁵²

Los comunistas chinos son protectores de las largas jornadas laborales de 12 y 16 horas en las maquilas, con mini-salarios para aumentar la exportación de mercancías baratas al mercado mundial y, con ello, abaratar la fuerza de trabajo por todo el mundo, y no solo en su país. Es curioso, que tienen como lema de batalla: *Solo el capitalismo salvará al Socialismo.*

Capítulo IV. El Manifiesto y el poder

El Manifiesto Marx y Engels dieron por sentado que el proletariado empleará su supremacía política para arrebatarse paso a paso el capital a la burguesía, centralizar todos los elementos de producción en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase dirigente e incrementar todas las potencias productivas tan rápidamente como sea posible.

Veinte años después, en su obra *La Guerra Civil en Francia*, Marx elogió el decreto emitido por la *Comuna de París* para regulación de la producción nacional “en un plano común”. Engels anhelaba el momento en que el proletariado, después de haber expropiado a la burguesía, *convierta... a los medios de producción en propiedad social, para hacer así posible la producción social de acuerdo con un plan previsto de antemano.*⁵³

H. Carr anotó: “Bajo el socialismo —decía Marx en *El Capital*— la producción caerá bajo el control consciente

50 PETRAS James, *El legado guevarista*, Le Monde Diplomatique, octubre-noviembre de 1997, las cursivas son nuestras.

51 RAMÍREZ Sergio, *El nuevo siglo ya empezó*, Le Monde Diplomatique, diciembre 97-enero98, las cursivas son nuestras.

52 *Agencias Noticias*, 7-11-1997.

53 MARX y Engels, *Sochineniya*, XIV, 288-9, citado por CARR H. E. *Historia de la Rusia Soviética. La Revolución Bolchevique 1917/1923*, 2. El orden económico, Alianza Editorial, Madrid 1982.

y dispuesto de antemano de la sociedad”. Y, escribió: “Pero Marx no intentó examinar las condiciones o los instrumentos de la producción socialmente planificada; todo lo que se puede aprender de él en estas materias tiene que deducirse de su análisis de la naturaleza y las consecuencias de la producción capitalista”.⁵⁴

Continuó el historiador: “El *Manifiesto comunista* había proclamado ya que la abolición por parte de los comunistas de ‘las condiciones burguesas de producción’ significaría también ‘la abolición comunista de la compra y la venta’...”.

Y, siguió analizando: “Con la terminación del capitalismo acabaría la producción de artículos de comercio, y con ella la del cambio en el sentido capitalista. ‘En una sociedad colectiva basada en la producción común de los medios de producción – escribió Marx en su *Crítica al Programa de Gotha*– los productores no intercambian sus productos”.⁵⁵

Según el *Manifiesto*: “Cuando en el transcurso del desarrollo las distinciones de clase hayan desaparecido y toda la producción haya sido concentrada en las manos de una vasta asociación de toda la nación, el poder público perderá entonces el carácter político”. H. Carr se preguntó: “¿quién llevará a cabo la labor de la planificación en esta ‘vasta asociación de la nación’? Marx no intentó nunca contestar esta pregunta. Según un pasaje de *El Capital*, la sociedad se organizaría a sí misma ‘como una asociación consciente y sistemática’, en las que los mismos productores ‘regularían el cambio de productos y lo colocarían bajo su propio control común, en lugar de permitir que los dominase como una fuerza ciega’...”.⁵⁶

El problema del poder político de los proletarios y la planificación socialista de la sociedad empezó a resolver en parte, primero con la fallida *Comuna de París* de 1871, pero sobre todo con el gobierno obrero, campesino y de soldados soviéticos de 1917-1923.

Capítulo V. El Manifiesto y el Programa de la Revolución

Anotó H. Carr sobre las medidas inmediatas de la revolución: “En el Manifiesto comunista, Marx indicó ciertas medidas inmediatas que, al menos ‘en los países más avanzados’, pudieran ser reivindicadas por el proletariado como reformas practicables en las condiciones existentes; estas reformas podían lograrse dentro de los límites formales de la democracia burguesa, aunque Marx pensaba que tenderían inevitablemente a ‘dejarse atrás a sí mismas’ y a ‘hacer

necesarias futuras incursiones en el terreno del viejo orden social’. Las más importantes de las diez medidas, cuya lista se incluye en el *Manifiesto comunista* (Marx admitía que podían variar de un país a otro), eran: abolición de la propiedad privada en la tierra; un impuesto progresivo sobre la renta; la abolición de la herencia; la centralización del crédito a través de un banco nacional, y de las comunicaciones en manos del estado; hacer extensiva la propiedad del estado a las fábricas y medios de producción; la obligación, igual para todos, de trabajar; la educación libre y la supresión del trabajo de los niños en las fábricas ‘en la forma actual’...”.⁵⁷

El Programa Máximo y el Mínimo

Según H. Carr se hizo hábito que los partidos socialdemócratas “... siguiendo el precedente del *Manifiesto* (...) el distinguir entre sus programas máximo y mínimo: el primero representaba sus aspiraciones revolucionarias; el último las demandas inmediatas practicables y que podían esperar conseguir incluso bajo el existente régimen burgués. Concluyendo: “En otras palabras, la Socialdemocracia, aunque permaneció revolucionaria en teoría, se hizo predominantemente reformista en la práctica. El ejemplo clásico de esta transformación gradual lo daba el Partido Socialdemócrata Alemán”.⁵⁸

Carr dejó anotado sobre la historia del Partido Bolchevique que: “El primer programa del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso está dividido, de acuerdo con el precedente establecido, en secciones que contenían demandas *máximas* y *mínimas*. Pero el partido ruso no se expuso al insidioso peligro en que había incurrido el partido alemán de exaltar el mínimo a expensas de las demandas del máximo, y por una razón obvia; desde 1848 en adelante el concepto del programa mínimo coincidía en lo principal con lo que podía lograrse bajo la revolución burguesa, sin forzar hasta el punto de ruptura el marco del régimen capitalista burgués. El programa máximo era el de la revolución socialista proletaria. En la Europa Occidental, donde la revolución burguesa era un *fait accompli*, el programa mínimo no era por consiguiente ya revolucionario y quedaba separado del programa revolucionario máximo por esta diferencia de principios”.⁵⁹

La revolución bolchevique resolvió ésta aparente contradicción entre el Programa Máximo y el Mínimo, formulando un Programa Transitorio a la Revolución

54 Ídem, p. 18.

55 Ídem, p. 19.

56 Ídem, p. 20.

57 Ídem, p. 21.

58 Ídem, p. 22.

59 Ídem, p. 26.

Socialista. Desde el texto de Lenin sobre *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*, los bolcheviques propusieron a los obreros, soldados y campesinos rusos un conjunto de reivindicaciones *transitorias* a la revolución socialista. Una vez que tomaron el poder junto a los Soviets, comenzaron a implementarlas: expropiación de ciertos monopolios, nacionalización de la banca, reparto agrario, etcétera.

Durante la celebración de los primeros cuatro congresos de la Internacional Comunista (III Internacional), dicho programa quedó esbozado de manera más sistematizada, pero sin llegar a formularse completamente.

Capítulo V. El Manifiesto como arma, doctrina y método de investigación

Una arma

Anotó Antonio Labriola: “Tratábase de forjar un *arma* eficaz de guerra: por eso no guarda exteriormente los vestigios de su origen; en sus páginas hay más afirmaciones sustanciales que discursos probatorios”.⁶⁰

Método de investigación

Dijo Labriola, sobre el método del *Manifiesto*: “... consiste en disecar por vía abstracta las diferentes partes de un organismo, destruyéndolo para formar tantos elementos sueltos como articulados concurren en la unidad conjunta. Pero hay otro método, y es único que nos permite comprender la historia, que solo analiza y separa los elementos para volver a encontrar en ellos la necesidad objetiva de su cooperación hacia un resultado final”.⁶¹

Doctrina

Según Labriola: “Y la *doctrina* de éste reside sobre todo en el resplandor que proyecta sobre el movimiento proletario, que sin él se hubiera engendrado y desarrollado al margen de toda teoría. Pero no es solo eso. El comunismo crítico no nace hasta el instante en que el movimiento proletario, resultado de los factores sociales, tiene ya fuerza bastante para comprender que estos factores son susceptibles de cambio y para barruntar los medios por los cuales se los puede hacer cambiar y en qué sentido”.⁶²

Capítulo VI. El Manifiesto y el Internacionalismo

60 LABRIOLA, op. cit. p. 27.

61 Ídem, p. 27.

62 Ídem, p. 27.

El carácter internacionalista del *Manifiesto* quedó sintetizado en el nuevo grito de batalla: ¡Proletarios de todos los países, uníos! Asimismo, cuando señaló que *Los comunistas (...) en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad. Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen (...) La acción común del proletariado, al menos en los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación. Los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente. Y, aunque la Liga de los Comunistas era una organización muy pequeña, su carácter y su práctica fueron internacionalista (como narró Engels).*

Marx participó directa y activamente de la formación de la I Internacional en 1864.⁶³ Ernest Mandel anotó: *Por paradójico que pueda parecer, no son los partidos obreros nacionales los que se unen para fundar la Primera Internacional, sino que por el contrario la constitución de ésta permitió la unión nacional de los grupos locales y sindicalistas que se adhirieron a la ... Internacional.*⁶⁴

Con el *Manifiesto* el movimiento obrero tomó conciencia de su papel de libertador internacionalista. De la I a la II Internacionales, los sindicalistas, marxistas, anarquistas y socialistas dieron una batalla fundamental por los derechos del movimiento obrero: la gran jornada por las ocho horas de trabajo lo constata. Veinte años después, los sindicatos estadounidenses y canadienses, se organizaron para, en un plazo de dos años, iniciar una huelga general con el objetivo hacer efectiva esa reivindicación laboral.

El 1° de Mayo de 1886 inició la Huelga General por las 8 horas de trabajo y, hasta nuestros días, seguimos conmemorando esa fecha como el *Día del Trabajo* o de los *Mártires de Chicago*, un día en el cual los trabajadores del mundo pasan revista sus imponentes ejércitos laborales y siguen soñando y pelando por un mundo sin explotación.⁶⁵

Con la revolución rusa de 1917, resurgió el internacionalismo proletario y, en 1919, fue fundada la Internacional Comunista.⁶⁶

Durante un largo período —desde la disolución de la Internacional Comunista— se fue perdiendo este postulado del Internacionalismo.

Sin embargo, con la llamada *Globalización de los Mercados*, el desarrollo de los medios de comunicación,

63 Sobre la Asociación Internacional de Trabajadores (I Internacional), puede consultarse el Folleto 2 de esta colección.

64 MANDEL, op. cit. p. 64.

65 Puede consultarse *Historia del 1o. Mayo*, Folleto 4, ENAT, Plantel Morelia.

66 Se puede consultar el libro: *El Internacionalismo y las Internacionales*, compilación de Raúl J. Lescas, Ediciones UnioS, México 1997.

el Internet y el correo electrónico, la facilidad de viajar grandes distancias por medios aéreos, etc., ha vuelto a resurgir diversas formas de solidaridad internacionalista.

Hoy en día, existen 3 grandes federaciones sindicales mundiales, que de alguna manera, mantienen un vínculo sindical en todos los continentes (la Federación Sindical Mundial, la Central Mundial de Trabajadores y la Confederación Internacional de Sindicatos Libres). En algunos casos, el apoyo a las huelgas se ha dado de continente a continente, gracias a los vínculos de las federaciones mundiales sindicales, aunque, por supuesto, no se alcanza el internacionalismo practicado a fines del siglo XIX, cuando los medios de comunicación eran más escasos.

Otra experiencia interesante de redes mundiales y solidaridad internacional lo constituye el Foro Social Mundial (FSM), que en febrero del 2003, logró reunir a más de 100 mil personas de casi todos los continentes del planeta en la ciudad de Porto Alegre, Río Grande del Sur, Brasil. Y, aunque no es una internacional, demuestra la necesidad imperiosa, de que las luchas se globalicen contra el Neoliberalismo capitalista del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y las Grandes Empresas Transnacionales.

El FSM fue el que convocó a millones de personas en el mundo a manifestar su rechazo a la guerra anunciada por el gobierno estadounidense de George W. Bush contra Irak.

Capítulo VII. El Manifiesto en los tiempos de la Globalización

Siglo y medio antes de que se pusiera de moda el término *Globalización*, los entonces jóvenes Carlos y Federico, diagnosticaron que el capitalismo estaba desarrollado el primer mercado mundial de nuestra historia escrita. Por supuesto, que este mercado ha evolucionado tanto, que el mismo Marx se hubiera admirado con la *Net (Red)* de la *mundialización*.

Sin embargo, el modelo neoliberal no ha hecho sino llevar al extremo las contradicciones de clase que el *Manifiesto* previó en el siglo XIX: un puñado de archimillonarios, la famosa lista de *Forbes*, acapara la riqueza mundial, mientras que miles de millones de seres humanos viven en la pobreza.

Como se recordará, en el *Manifiesto Inaugural* de la AIT, redactado por Marx se decía:

“Pero volvamos una vez más la medalla. Por el informe sobre el impuesto de las Rentas y Propiedades presentando a la Cámara de los Comunes el 20 de Julio de 1864, 13 personas han engrosado las filas de aquellos, cuyas rentas anuales están evaluadas por el cobrador de las contribuciones en 50,000 libras esterlinas y más, pues su número subió en esos años de

67 a 80. El mismo informe descubre el hecho curioso de que unas 3,000 personas se reparten entre sí una renta anual de 25,000,000 de libras esterlinas, es decir, más de la suma total de ingresos distribuida anualmente entre toda la población agrícola de Inglaterra y del país de Gales. Abrid el registro del censo de 1861 y hallaréis que el número de propietarios territoriales en Inglaterra y en el País de Gales se ha reducido de 16.934, en 1851, a 15.066 en 1861, es decir, la concentración de la propiedad territorial ha crecido en diez años en un 11%. Si la concentración de la propiedad territorial se habrá simplificado notablemente, como lo estaba el Imperio Romano, cuando Nerón se sonrió al saber que la mitad de la provincia de África pertenecía a seis personas.”⁶⁷

Hoy en día, las cosas son más dramáticas, ya que menos de 500 familias del planeta, tienen una fortuna equivalente a los ingresos de más de 1/3 de la humanidad (más de mil 300 millones de seres humanos).

En México, 12 familias acaudaladas, tienen una fortuna equivalente al 70% de las Reservas del Banco de México o al 4.9% del Producto Interno Bruto (PIB), es decir, amasan una fortuna de al menos 31 mil 600 millones de dólares (347 mil 600 millones de pesos).⁶⁸

⁶⁷ MARX Carlos y Engels Federico, *Obras escogidas*.

⁶⁸ Un dólar = 11 pesos.